LAS PAREDES
Guardan Memoria

Inventario Participativo de Estructuras en Tapia en el Territorio Cultural Silletero

Grupo:

Memoria, Patrimonio y Territorio

Santiago Escobar • Ingrid Vidales • María Camila Vélez
Felipe Arias • Guillermo Vásquez

Título: Las Paredes Guardan Memoria.
Subtítulo: Inventario Participativo de Estructuras en Tapia en el Territorio Cultural Silletero.

Año de Publicación: 2025
Primera edición: Diciembre 2025
ISBN: 978-628-02-2100-7
Grupo Memoria, Patrimonio y Territorio

Autores:
Santiago Escobar Piedrahíta
Ingrid Yamile Vidales Monsalve
María Camila Vélez Mejía
Felipe Andrés Arias Londoño
Guillermo Léon Vasquéz Gutiérrez

Diseño y diagramación:
María Camila Vélez Mejía

Revisión editorial:
Equipo Programa de Memoria, Patrimonio y Archivo Histórico de Medellín.

Proyecto beneficiario de las convocatorias de Fomento y Estímulos para el Arte y la Cultura 2025.
Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín

Este catálogo está protegido bajo la licencia Creative Commons Atribución–No Comercial 4.0 Internacional (CC BY-NC 4.0).
Se permite copiar, distribuir y adaptar el material, siempre y cuando se dé el crédito adecuado al autor y no se utilice con fines comerciales.

Impreso en Colombia
Precisión Artes Gráficas

LAS PAREDES
Guardan Memoria

Inventario Participativo de Estructuras en Tapia en el Territorio Cultural Silletero

Grupo:
Memoria,
Patrimonio y Territorio

Abuela Sarito
Finca Silletera y Museo

Parque arví
Corporación

Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación

Proyecto beneficiario de las Convocatorias de Fomento y Estímulos para el Arte y La Cultura 2025. Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín

CONTENIDO

Glosario.....5.
1. Introducción.....6-7.
2. Historia de las tapias.....8-9.
3. Metodología.....10-11.
4. Resultados.....12-13.

5. Estructuras
5.1. Casa Uvaldino Y Betsabé.....14.
5.2. Casa Gilberto Rojas.....15.
5.3. Tienda Los 18.....16.
5.4. Casa Antigua Escuela de Mazo.....17.
5.5. Capilla de Santa Ana.....18.
5.6. Casa Josefina y Jorge Alzate.....19.
5.7. Casa Aurelio Alzate y doña Lola.....20.
5.8. Casa Jesús María Ramírez.....21.
5.9. Casa La Cruz. Casa Darío Grajales.....22.
5.10. Casa Eladio Atehortúa.....23.
5.11. Escuela La Trina.....24.
5.12. Casa Pedro Luis Londoño.....25.
5.13. Casa Crispiniano Ramírez.....26.
5.14. La Casandra. Casa Julio Ramírez.....27.
5.15. Casa Loma.....28.
5.16. Cervecería Alto de La Mora.....29.
5.17. Hotel Cabuya.....30.
5.18. Escuela Sabanas.....31.
5.19. Las Mercedes.....32.
5.20. La Cartuja.....33.
5.21. Casa Pozo Real.....34.
5.22. Casa Montevivo.....35.
5.23. Finca San Francisco. Acueducto Multiveredal.....36.
5.24. La Tienda de Pepe.....37.
5.25. Casa Familia Patiño.....38.
5.26. El Molino.....39.
5.27. Santa Rita.....40.
5.28. Finca El Coral. Casa Adán Ríos.....41.
5.29. Casa Amparo Parra.....42.
5.30. La Aguada.....43.

6. Proceso de registro.....44-45.
7. Conservación.....46-47.
8. Conclusiones.....48-49.
9. Créditos.....50-51.

GLOSARIO

Palabras señaladas con * están en este Glosario.

Acequia: Canal artificial a cielo abierto utilizado para transportar agua desde una fuente (usualmente río o quebrada) hasta un sitio, sea una casa, tanque, o campo de cultivo. Suele ir transversal a la pendiente, con una inclinación inferior al 1%.

Área Arqueológica Protegida: Es un área del territorio nacional que debido a el carácter excepcional de sus vestigios arqueológicos, bien sea por únicos, numerosos, o bien conservados, es declarada como un área de reserva para su manejo y protección.

Bahareque: Técnica constructiva ancestral nativa al continente Americano que consiste en el tejido de un entramado vegetal, posteriormente cubierto en barro para consolidar muros y estructuras provisionales con un bajo costo.

Chiva o Escalera: Transporte colectivo utilizado en las zonas rurales de Colombia. Suele tener carrocería en madera pintada con diseños coloridos y llamativos, no cuenta con puertas y sus asientos son bancas laterales. Se utiliza para el transporte de personas así como de carga. Cuenta con una escalera que brinda acceso al techo, sitio donde se transporta la carga, de allí proviene su nombre.

Dataciones radiocarbónicas: Técnica utilizada para conocer la antigüedad de un objeto que contenga materiales orgánicos, tales como carbón, semillas, madera, huesos e instrumentos fabricados a partir de estos.

Emboñigado: Pañete aplicado como acabado a una estructura, compuesto por tierra arcillosa mezclada con cagajón de caballo.

Escuela Radiofónica Nacional Sutatenza: Emisora de radio nacional con su sede en Sutatenza, Boyacá, que funcionó entre 1947 y 1989. Transmitía programas culturales y educativos entre los que se encontraban clases de alfabetización.

Fique: Planta tipo penca perteneciente al género Furcraea que es explotada comercialmente para la extracción de sus fibras y elaboración de tejidos. Se suele denominar también penca, pita, cabuya o maguey.

Macana: Madera muy dura extraída de la palma Wettinia kalbreyeri, hoy en día con veda nacional a su explotación. Tradicionalmente, su madera era usada para la construcción en barrotes de corredores y ventanas.

Mampostería: Sistema constructivo que consiste en apilar bloques uniéndose con mortero o aglutinante.

Medianeras: Muros en tapia recubiertos en teja de una altura aproximada de metro y medio, que rodean una propiedad y sirven el doble propósito de custodiarla, circundando su perímetro, y de servir de corral para el ganado.

Neolítico: Período de la prehistoria durante el cual el ser humano acoge el sedentarismo: sucede la invención de la agricultura y la domesticación de los animales. Aunque este proceso es largo y sus temporalidades varían en la geografía sucede hace aproximadamente 10.000 años.

Pañete: Capa de mortero que recubre las superficies a forma de acabado para muros interiores o exteriores, puede ser de diversos materiales.

Placer aurífero: Depósito de arenas paralelas a una quebrada o río que contiene oro de escorrentía, transportado por el agua a lo largo de miles de años.

Plan Especial de Salvaguardia (PES): Es un acuerdo social y administrativo para proteger una manifestación cultural inmaterial. Cuenta con un enfoque participativo y define acciones para la gestión del patrimonio cultural. La Manifestación Cultural Silletera cuenta con su PES desde el año 2014.

Romerías: Fiestas populares que combinan la peregrinación o adoración con el festejo. Consisten en momentos de rezo y recolección de recursos económicos para su donación en forma de diezmos, pero también involucra comida, juegos, música, baile y canto.

Silletero/a: Se refiere a aquella persona practicante de la Manifestación Cultural Silletera: una forma de vivir e interactuar con el territorio. El concepto normalmente se ha aplicado a quienes hacen uso de la silleta para el transporte de personas y carga, siendo asociado a partir de 1957 a quienes integran el Desfile de Silleteros.

Tapetusa: Licor artesanal de fabricación casera y tradicionalmente clandestina, obtenida a través de la destilación de mostos fermentados de panela o maíz. Al ser tapada con la tusa del maíz, recibe su nombre.

Tapia: Técnica constructiva ancestral importada desde Europa que consiste en compactar tierra especialmente seleccionada en capas al interior de un encofrado, buscando levantar muros sólidos y duraderos.

Terrón: Técnica constructiva que consiste en la tecnificación de la tapia: en lugar de levantar muros enteros, se producen ladrillos de barro crudo que posteriormente se dejan secar al aire, estos son usados a forma de mampostería para la construcción de muros.

Zurrón: Se trata de una bolsa grande elaborada en pellejo para el transporte de materiales. En el contexto de la construcción en tapia, zurrón es el título que se le da a la persona encargada de transportar en petacas la tierra a ser apisonada por los maestros tapieros.

1. INTRODUCCIÓN

Entre el viento frío y las colinas del altiplano de Santa Elena, se levantan aún numerosas estructuras en tapia, testigos silenciosos de la historia y memoria de sus habitantes. La construcción en tierra es reconocida como parte fundamental de la Manifestación Cultural Silletera en su Plan Especial de Salvaguardia*; se trata de un saber vivo, transmitido por generaciones que han aprendido a leer y aprovechar su entorno. Asimismo, la materialidad de las estructuras cuenta con un régimen especial de protección establecido en el Plan de Manejo Arqueológico del Área Arqueológica Protegida* Piedras Blancas.

Las Paredes Guardan Memoria nace de una premisa: silletero no es exclusivamente quien desfila, sino quien conoce su territorio, aprovecha los recursos locales y da forma al paisaje que lo rodea. Esta iniciativa busca recopilar las narrativas, memorias y significados en torno a las estructuras en tapia, y reconstruye, a partir de la voz comunitaria, los usos sociales del espacio en el Territorio Cultural Silletero.

A través de talleres, recorridos y conversaciones, los habitantes del territorio compartieron los relatos, las técnicas y los significados que moran en las casas de tapia. Nuestro papel fue acompañar este proceso, registrando los conocimientos y experiencias que la comunidad generosamente compartió. A partir de sus voces fue posible reconocer las transformaciones en las construcciones, las historias de quienes las habitaron y los procesos cotidianos que dieron forma a este paisaje.

Este catálogo recoge el camino que recorrimos junto a la comunidad. Comienza con una breve introducción a las arquitecturas en tierra, sus técnicas y su historia en la región. Luego se comparte la metodología que guió al equipo y los resultados construidos colectivamente, acompañados de relatos sobre cada estructura, sus particularidades y las memorias que fueron apareciendo en el proceso. Al final, se incluyen las reseñas de algunas construcciones encontradas en ruinas,

Taller ¿Dónde están las tapias? Finca Silletera Casa Museo Abuela Sarito. 2025. Fotografía: equipo técnico del proyecto.

Taller “Cuando la tierra habla”. Finca Silletera Casa Museo Abuela Sarito. 2025. Fotografía: equipo técnico del proyecto.

reflexiones sobre la conservación de la arquitectura en tierra, las conclusiones generales del proyecto y un glosario con palabras que la gente y la investigación fueron dejando en el camino.

La realización de este proyecto no hubiese sido posible sin el apoyo de diferentes actores: queremos agradecer al equipo del Programa de Memoria, Patrimonio y Archivo Histórico adscrito a la Secretaría de Cultura Ciudadana, por su acompañamiento. Reconocemos igualmente al Sistema de Bibliotecas Públicas de Medellín, Corporación de Silleteros de Santa Elena COSSE, Corporación Parque Arví, Casa de Cultura Santa Elena, Cuerpo de Carabineros, y a Empresas Públicas de Medellín EPM por su apoyo en la logística para la realización de este proyecto, por último, extendemos nuestros agradecimientos especialmente a la Finca Silletera Casa Museo Abuela Sarito por abrirnos sus puertas, y a la comunidad silletera por su acogida y participación.

2. HISTORIA DE LAS TAPIAS

Arquitecturas en tierra como técnica constructiva

Las evidencias más antiguas de arquitectura en tierra se remontan al Neolítico*, cuando los humanos transicionan de un estilo de vida nómada a uno sedentario. Sin embargo, se encuentran múltiples expresiones de construcciones en tierra que, haciendo uso de materiales locales y respondiendo a las necesidades de su entorno, adecuaron técnicas específicas con una diversidad regional y temporal considerable. Entre estas podemos contar los bloques de barro crudo conocidos como terrones, producción de ladrillos cocidos artesanalmente, construcciones que usan restos vegetales y barro para elementos constructivos tales como el bahareque y técnicas que emplean formaletas a forma de molde para consolidar secciones de muros en tierra apisonada, conocidos como tapia* pisada.

Fabricación de ladrillos de adobe, detalle del fresco de la tumba de Rekhmire (TT100), Tebas, dinastía XVIII, c. 1479-1400 a.C. (Dominio público, vía MeisterDrucke).

Detalle constructivo de muro de Tapial (Hàngtǔ). China. Ilustración de Science and Civilization in China, Volumen 4, Parte 3, por Joseph Needham. (Dominio Público, vía Cambridge University Press, 1954).

Hace 3500 años, en el Antiguo Egipto se realizaron frescos que representan la producción de ladrillos de la tumba del faraón Rekhmire (1479-1425 a. C.) de la XVIII Dinastía. Por otro lado, hace unos 2700 años comenzó la construcción de la Gran Muralla China. Los tramos de tierra apisonada se empezaron a construir desde el siglo VII a. C., durante el período de los Reinos Combatientes. Las obras de construcción de esta fortificación bajo esta técnica continuaron durante el mandato del Emperador Qin Shi Huang (221–206 a. C.), quien ordenó unir varios muros preexistentes, siendo usada también por las dinastías Han (206 a. C.–220 d. C.) y Tang (618–907 d. C.), especialmente en zonas desérticas y áridas del norte y noroeste de China.

Para Bután, tenemos evidencias de construcción en tapia pisada para el monasterio Kyichu Lhakhang, construído a comienzos del siglo XVIII. Manuscritos Farsi escritos a mediados del siglo XIX en Srinagar, India, representan claramente la construc-

Detalle constructivo de muro de Tapial (tierra apisonada). Manuscrito Farsi sobre tradiciones populares, c. mediados del siglo XIX. Srinagar, India. Autor desconocido. (Dominio Público. Colección India Office, British Library, Número de acceso: Add.Or.1717).

ción de segmentos de muro en tierra pisada. En Europa, y específicamente la Península Ibérica, esta técnica constructiva era empleada por los romanos alrededor del Mediterráneo desde hace unos 2000 años. Sin embargo, la difusión y perfeccionamiento de la tapia pisada se da con la conquista musulmana (711 d. C.). Los constructores andalusíes heredaron la técnica magrebí del tabiya o ṭabiyya, palabra que precisamente da origen al término español tapia.

Cuando los españoles comenzaron la colonización de América en el siglo XVI, trajeron consigo no solo su lengua y religión, sino también sus saberes constructivos tradicionales. Para ese entonces, en el continente americano el bahareque ya era ampliamente usado, a diferencia de la tapia pisada, que se introdujo principalmente a través de los procesos de fundación urbana dirigidos por ingenieros y maestros de obra españoles. Durante el periodo conocido como las Reformas Borbónicas se reorganizó el poder de los virreinatos, promoviendo la centralización política y administrativa, es en este contexto que se da una reforma a la organización espacial de los centros coloniales, procurando la construcción de arquitecturas institucionales por parte de maestros tapieros provenientes de Europa. Estos a su vez, entrenaron a maestros locales, que también aplicaron esta técnica constructiva y la transmitieron de generación en generación, llegando a ser eventualmente dominada por clanes familiares que se dedicaron al oficio de construcción en tapia en el territorio de Santa Elena, como es el caso de los difuntos maestros Crispiniano Ramírez, Pedro Luis Londoño o Arturo Patiño (En Paz Descansen).

Detalle constructivo muros de Alhambra. Granada, España. Fotografía de Øyvind Holmstad.(CC BY-SA 4.0, vía Wikimedia Commons).

3. METODOLOGÍA

Las Paredes Guardan Memoria se concibe como un inventario participativo de patrimonio, la motivación para la realización de este proyecto proviene de una trayectoria de más de veinte años de investigación arqueológica en el Territorio Cultural Silletero, en los que diferentes investigadores[1] han indagado por las formas de habitar el territorio de manera posterior al contacto entre el mundo prehispánico y los colonizadores europeos. La arqueología por definición estudia los procesos culturales por medio del análisis de la materialidad; sin embargo, la historia del territorio también se compone de percepciones, significados y memorias que se encuentran presentes en la oralidad de sus habitantes.

La información etnográfica aportada por los mayores de la comunidad ha sido fundamental para la reconstrucción de los procesos sociales que allí ocurrieron. Con el paso del tiempo, algunas de estas voces se han apagado, perdiéndose de esta forma una parte importante de la historia del territorio. Nuestro proyecto se preocupa tanto por recopilar estas narrativas que contextualizan y ponen en valor tanto los restos materiales de las construcciones en tierra como los artefactos que dentro de estas reposan.

Para llevar a cabo la recolección de estas narrativas, se realizaron cuatro talleres con la comunidad: en un primer momento, se hizo una presentación del proyecto, se aclaró su contexto institucional, se construyó una definición de lo que es el patrimonio con los asistentes y se identificaron los patrimonios presentes en el territorio, entre ellos, la arquitectura en tierra.

Para el segundo encuentro, se realizó un taller de cartografía social, para el que se emplearon mapas en gran formato. Dispositivos que permitieron establecer un diálogo con los asistentes para ubicar en el territorio, estructuras en tierra desaparecidas, en ruinas o en pie. Producto de este ejercicio se identificaron más de cien construcciones que hacen parte de la memoria colectiva de los habitantes de Santa Elena.

Foto cortesía:
Angie Zapata

Taller: ¿Dónde están las tapias? Finca Silletera Casa Museo Abuela Sarito. 2025. Fotografía: equipo técnico del proyecto.

Taller: Cuando la tierra habla. Finca Silletera Casa Museo Abuela Sarito. 2025. Fotografía: equipo técnico del proyecto.

Un taller de procesos constructivos de arquitectura en tierra marcó la agenda del tercer encuentro. Allí, los participantes se acercaron a las diversas fases que marcan la construcción con técnicas como la tapia pisada, el terrón, el bahareque* y el emboñigado. Luego, a partir de las estructuras cartografiadas en el segundo taller, se construyeron fichas de registro donde se consignaron los recuerdos e información asociadas a cada una de estas edificaciones.

En paralelo, se adelantaron visitas en campo con el fin de recopilar los insumos para la elaboración de este catálogo: registro de la técnica constructiva y de las modificaciones realizadas a la edificación, levantamiento de planos arquitectónicos y registro fotográfico.

Por último, se presentaron los resultados parciales del proyecto, y se realizó el registro conjunto con los asistentes de una de las estructuras cartografiadas. Los resultados del proyecto se socializaron a silleteros pioneros, gestores culturales y población neorrural, interesada en conocer la historia de su nuevo hogar.

1.

Castro, Gonzalo (1999). Investigaciones Arqueológicas en la Cuenca Alta de la Quebrada Piedras Blancas. Corregimiento de Santa Elena. Informe final de Investigación, Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia Corantioquia, Medellín.

Henao, Mónica María y Urrea, Ximena María (2006). Vivienda rural colonial y republicana. Contextos domésticos y cultura material en la cuenca alta de la quebrada Piedras Blancas. Trabajo de Grado. Departamento de Antropología Universidad de Antioquia, Medellín.

Obregón, Mauricio; Cardona, Luís Carlos y Gómez, Liliana (2003). Vivienda, producción minera y élites entre los siglos XVII y XIX en la cuenca alta de la quebrada el Rosario. Informe final de Investigación. Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia Corantioquia, Medellín. 242 p.

Gómez, Liliana (2017). Descombramiento y limpieza de las ruinas en tapia pisada Hotel Cabuya. Corporación Parque Arví, Medellín.

Taller ¿Dónde están las tapias? Finca Silletera Casa Museo Abuela Sarito. 2025. Fotografía: equipo técnico del proyecto.

4. RESULTADOS

Gracias a las actividades realizadas en los cuatro talleres, en los más de cinco recorridos y en las incontables conversaciones con habitantes de Santa Elena, se referenciaron 126 estructuras en tapia. La distribución espacial de estas estructuras devela el proceso de poblamiento del territorio durante tiempos coloniales y republicanos: Barro Blanco en sus dos jurisdicciones suma 30 de estas estructuras, Piedras Blancas suma 19 entre Medellín y Guarne, para El Placer se reportan 17, en Mazo 16 y en Piedra Gorda 15.

Aunque hacia el sur del Territorio Cultural Silletero no se reporta un número tan elevado de estructuras, las veredas El Plan y Centralidad ocupan una posición elevada, con siete estructuras cada una, mientras que las veredas El Llano, El Cerro, Media Luna, San Ignacio, La Brizuela y La Honda de Guarne, Perico y Pantanillo de Envigado y La Quiebra de Rionegro registran entre una y tres estructuras cada una.

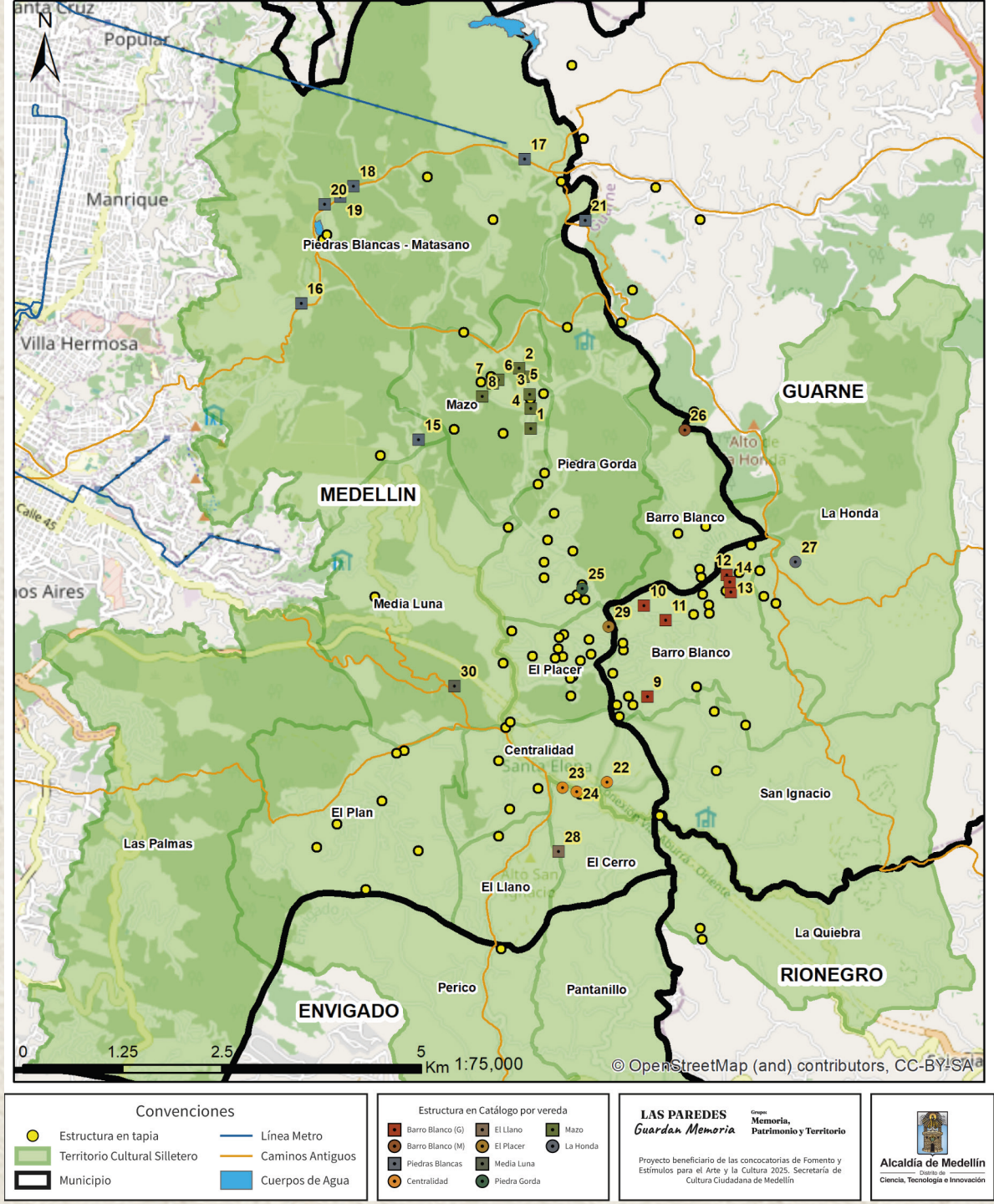
Todas las estructuras fueron cartografiadas, constituyendo un importante insumo para futuras investigaciones de carácter arqueológico, etnográfico y arquitectónico. Se visitaron un total de 75 estructuras, de las cuales 34 fueron descartadas al encontrarse desaparecidas, no poder ser ubicadas en el sitio reseñado, o por falta de permisos de acceso. Las 41 estructuras restantes fueron sujetas a registro fotográfico, planimétrico, etnográfico y constructivo, resultando en un archivo de aspectos constructivos, distribuciones, formas, materiales y memorias de sus habitantes y vecinos.

La presente publicación presenta 30 de estas estructuras, elegidas por su representatividad en la historia del territorio e importancia para sus habitantes. Algunas de estas se encuentran ya incluidas en la Lista Indicativa de Candidatos a Bien de Interés Cultural - LICBIC Distrital, contando incluso una de ellas con declaratoria como Bien de Interés Cultural - BIC Distrital. Agradecemos a todas las personas que nos abrieron las puertas, nos acompañaron en las visitas de campo y nos permitieron el acceso a sus archivos familiares.

Vereda	Estructura N°	Estructura N°
Mazo	1	Casa Uvaldino y Betsabé
	2	Casa Gilberto Rojas
	3	Tienda Los 18
	4	Antigua Escuela de Mazo
	5	Capilla de Santa Ana **
	6	Casa Josefina y Jorge Alzate
	7	Casa Aurelio Alzate y doña Lola
	8	Casa Jesús María Ramírez
Barro Blanco (Guarne)	9	Casa La Cruz. Casa Darío Grajales
	10	Casa Eladio Atehortúa
	11	Escuela La Trina
	12	Casa Pedro Luis Londoño
	13	Casa Crispiniano Ramírez
	14	La Casandra. Casa Julio Ramírez
Piedras Blancas	15	Casa Loma
	16	Casa Cervecería Alto de la Mora *
	17	Hotel Cabuya
	18	Escuela Sabanas
	19	Casa Las Mercedes
	20	La Cartuja
	21	Casa Pozo Real
Santa Elena (Centralidad)	22	Casa Montevivo*
	23	Finca San Francisco. Acueducto Multiveredal
	24	La Tienda de Pepe
Piedra Gorda	25	Casa Familia Patiño
Barro Blanco (Med.)	26	El Molino
La Honda	27	Santa Rita
El Llano	28	Finca El Coral. Casa Adán Ríos
El Placer	29	Casa Amparo Parra
Media Luna	30	La Aguada *
Nota:	*= Incluida en LICBIC Distrital	
	**= Incluida en BIC Distrital	

Mediante el siguiente código QR, los lectores podrán acceder a la información detallada de las 126 estructuras: reseñas, nombres y ubicación. Estos datos se comparten con el propósito de facilitar su consulta y uso en futuras investigaciones.

Escanea para más información

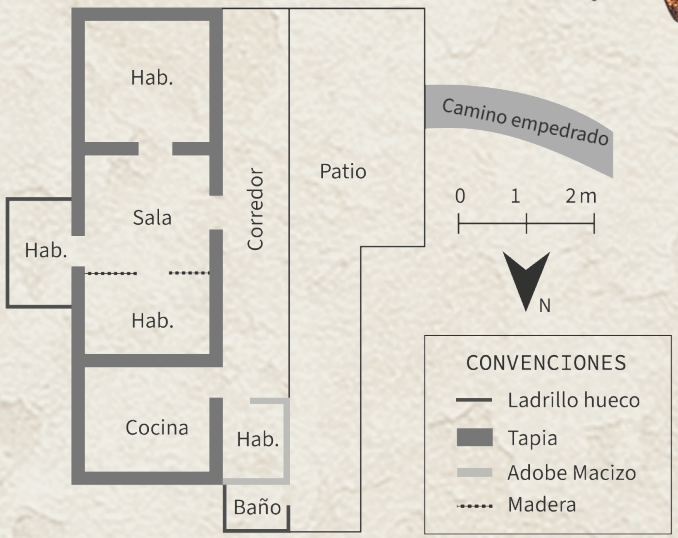


5.1. Casa de Uvaldino y Betsabé

Entre las colinas de la vereda Mazo, una casa blanca con orillos verdes y humo en la chimenea guarda la memoria del "viaje", aquel oficio que dio origen al Desfile de Silleteros.

Escanea para más información

Desde la vía principal de la vereda Mazo se divisa un caminito de piedra que conduce hacia una casa enmarcada por buganvillas florecidas. Allí viven Silvia y sus hermanos Uvaldino y Leonel. Silvia se aproxima al radio para bajar el volumen de la música que llena el ambiente. En esta casa, dice, siempre ha sonado música de emisora.



La casa perteneció a sus padres, Uvaldino Grisales y Betsabé Alzate. Ambos se dedicaron a lo que en Santa Elena se conoce como "el viaje": recolectar productos del bosque para venderlos en Medellín. Uvaldino se dedicaba al mantenimiento de la acequia* que surtía de agua la casa desde San Roque, así como a las labores de la huerta. Prueba de ello eran los techos repletos de maíz cuyo color y brillo contrastaban con los del resto de la casa. Aunque la memoria de Silvia ya no es la misma, recuerda con simpatía:

> *"A mí no me tocó sino jugar. Me gustaba jugar con una pelota y también a la golosa. A veces cargaba leña, chilco, arrayán, carate".*

Hoy, entre el humo del fogón y los ecos de la radio, la casa de Uvaldino y Betsabé sigue viva. Allí se custodian las prácticas que dieron forma a la identidad de Mazo, del Territorio Cultural Silletero.

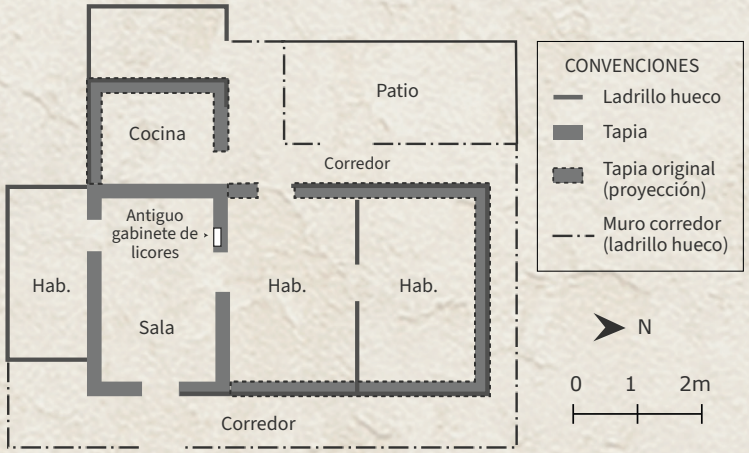
La cocina conserva un fogón de bloques de barro alimentado por leña, junto a un lavadero tradicional de piedra granítica gastada por los años. En los muros ennegrecidos por el hollín cuelgan ollas, peroles y recipientes de hojalata, mientras un Cristo resguarda la entrada.

5.2. Casa de Gilberto Rojas

Cerca a la centralidad de Mazo, se levanta una casa rosa de ventanas verdes. El techo revela su antigüedad, en su interior se conserva la historia de la fonda de Pedro.

Escanea para más información

La casa fue originalmente una fonda, propiedad de Pedro Alzate y Lucía Grisales, quienes tuvieron tres hijas: Blanca Luz, María de la Luz y Mariela. Las hermanas madrugaban a las 3:00 a. m. y emprendían el viaje que las llevaría por el camino de La Cuesta hasta Medellín, para llevar a la ciudad los ramos de claveles y estrellas de Belén. Gilberto Rojas, vecino de la familia, se casó con Blanca Luz y fue recibido en esta casa, donde construyó una pequeña pieza aprovechando sus nociones de albañilería, “una ramadita en material” que dio cobijo a sus futuros hijos.



Gilberto ganó eventualmente el rol de maestro tapiero y administrador de la fonda de Pedro. En la antigua habitación de Lucía Grisales se ubicaba una alacena excavada en la pared donde se guardaba el licor. Una ventanita que servía de mostrador separaba la sala de la fonda. Al otro extremo de la casa se adecuó uno de los cuartos con las mesas de billar donde los hombres jugaban mientras bebían y conversaban.

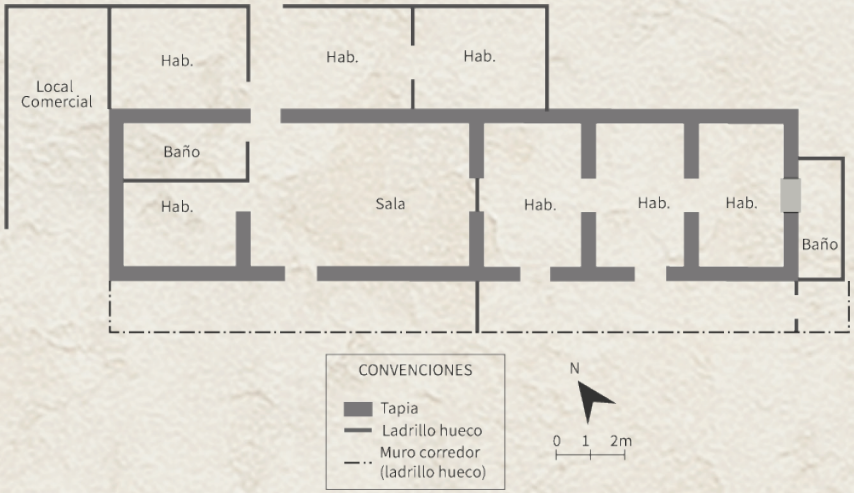
Las hijas y las cuñadas de Gilberto preparaban buñuelos, empanadas, lenguas, aguapanela con limón y otros aperitivos para los clientes de la tienda, a menudo arrieros que venían desde Guarne. En cuanto a el licor, no faltaba el aguardiente y la tapetusa.

Las bombillas de la fonda se encendían gracias al motor de gasolina que proveía el servicio de energía. Una vitrola de batería reproducía la música que ambientaba el lugar y cuando se descargaba, la familia recurría a su creatividad: como aquel 31 de diciembre cuando, al son de guitarras y tapas de ollas, bailaron hasta el amanecer.

5.3. Tienda Los 18

En la vereda Mazo, sector El Salado, en la intersección de las vías que se bifurcan hacia El Tambo y El Rosario, la Tienda de los 18 resguarda la historia de tres generaciones de comerciantes.

Escanea para más información



No se sabe con certeza cuándo se construyó la casa, pero Francisco Grajales y Rosario Ramírez fueron los primeros habitantes de quien se tiene noticia. Francisco tenía una tienda en la esquina sur de la casa, allí también quedaban dos habitaciones donde dormían sus hijas. Al extremo norte de la casa, quedaba la cocina, las habitaciones de los padres y los hijos varones, y en lo que hoy en día es una ventana se ubicaba la puerta por donde Rosario y sus hijas acostumbraban a repartir comidas a los menos afortunados.

Francisco y Rosario mueren ya entrados en años. Martha Aurora junto con sus hijos administraron un billar que funcionaba en la propiedad. Una división en material separa la casa en dos. El corredor norte de la casa, llamado durante muchos años “la piecita del tío Manuel” por su promesa de construir allí, fue refugio de gallinas ponedoras y terneros. Se procede a construir en este sitio un baño, el original de la casa quedó en la mitad sur. Años más tarde, en este mismo sitio, se terminaría de construir un local donde funciona la papelería de Flor, hija menor de Martha y Luis Eduardo.

Arnoldo, el mayor de los ocho hijos, da tantos nietos que se construye una casita auxiliar en material, mientras que su hermana Martha Aurora se casa con Luis Eduardo Atehortúa y pasan a vivir en la casa principal. Del matrimonio entre Martha Aurora y Luis Eduardo nacen 16 hijos, que con sus dos padres conformaron una familia de 18, de allí el nombre que se le acuña a la propiedad.

5.4. Antigua Escuela Mazo

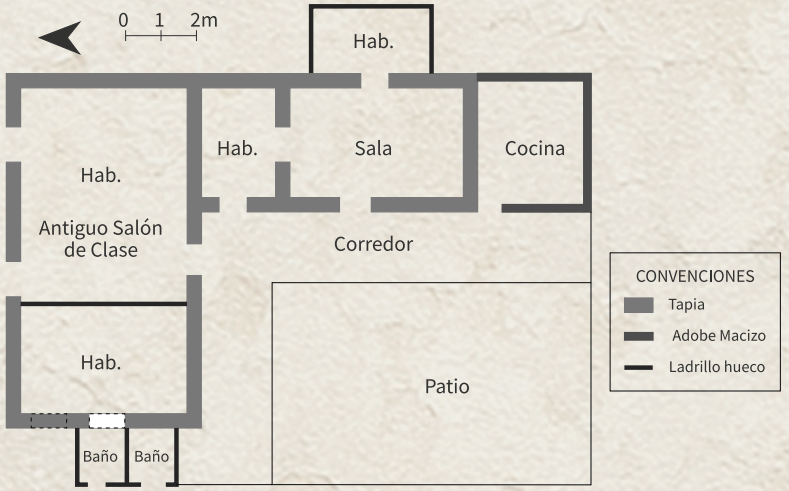
Al comienzo de la loma de Los Vásquez, y justo al lado de la actual escuela, una casa de familia custodia memorias de infancia en la vereda.

Escanea para más información

La antigua sede de la escuela de Mazo fue construida hace unos 80 años por don Juan Londoño. Tras la llegada de los maestros, una realidad se volvió evidente: ahora era necesario que alguien cuidara de la escuela y ayudara en sus oficios. En la casa anexa se instalaron Luis Arturo Vásquez, originario de Santa Elena y Ana Julia David, natural de Cañasgordas. Era un joven matrimonio que aún no tenía hijos. La pareja se ocupó de actividades como el mantenimiento de la escuela, sus jardines y la preparación de los alimentos para el grupo de profesores, quienes siempre advertían a los alumnos no molestar a Julia y Arturo en su casa.

Mientras que en los jardines de la escuela abundaban dalias, begonias, besitos, conchitas, margaritas y rosas, la huerta de la casa, cuidada por Ana Julia, tenía maíz, habas y fríjoles.

Aunque muchos de los mayores de la vereda Mazo estudiaron en esta escuela, el Municipio optó eventualmente por construir la actual sede, con infraestructura moderna y más adecuada para prestar este servicio. Es así como Ana Julia, ahora en compañía de sus hijos, no recibieron nunca instrucciones de que debieran de salir de esta, y la escuela abandonada, pasó por el contrario a ser una extensión del espacio doméstico. Ana Julia, ahora bajo el cuidado de Alba Nohemí, su hija, reside aún en la casa, a la espera de que el Municipio aclare su situación allí.



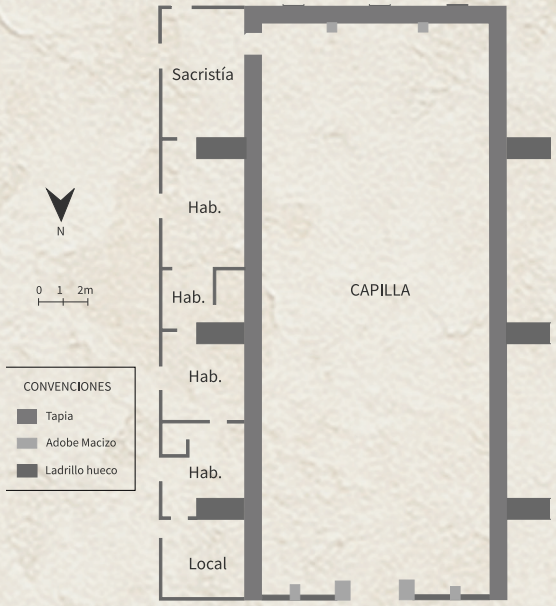
La pareja se dedicó durante años al cuidado de la escuela, levantando en la casa anexa a sus siete hijos. Aunque los años de servicio no implicaron remuneración económica, se asumió que el pago por las labores era la posibilidad de vivir allí.

5.5. Capilla Santa Ana[2]

En la centralidad de Mazo, la Iglesia es testigo del paso del tiempo y la transformación del territorio: aunque su altura tuvo que ser disminuida, sus muros aún se izan hacia el cielo.

Escanea para más información

Mucho se dice sobre la antigüedad de la iglesia de Mazo[3]. Para 1922, cuando la Parroquia de la Veracruz fue particionada con la Parroquia del Sufragio, con sede en el Parque de Boston, se dispuso que "Una comisión de sacerdotes dividirá los ornamentos, alhajas y demás enseres de modo que se empleen en el servicio de cada una de las dos parroquias". Esta partición de bienes incluía además terrenos y propiedades.



Es así como en 1929, Paulo E. Uribe, Mayordomo de Fábrica de la Parroquia de la Veracruz, acudió ante el Notario Segundo del Circuito de Medellín para transmitir en posesión a la Parroquia del Sufragio "un lote de terreno, con casa de tapias y tejas y demás mejoras y anexidades, situado en la fracción de Mazo de este distrito". En el acto, se menciona la existencia de una casa en tapia, pero no de la iglesia.

Se recuerda que, tras construirse la Iglesia de Santa Elena, se quisieron llevar los cuadros y campanas de la Iglesia de Mazo para su nueva hermana. Gilberto, junto con otros miembros de la comunidad, se opusieron firmemente al traslado de las campanas, e incluso fueron hasta Santa Elena a recuperar los cuadros que ya habían sido trasladados, es así como hasta el día de hoy, reposan en la Iglesia de Mazo cuadros que datan de 1908.

En la memoria de la familia Rojas, habitantes de la centralidad de Mazo, se encuentra el recuerdo de cómo su padre Gilberto, al igual que su abuelo materno Pedro Antonio Alzate, participaron en la construcción de la iglesia. Al haber nacido Gilberto en 1924, podemos ubicar la construcción de la iglesia entre la década de los 30 y los 40.

---

2. Esta estructura hace parte de la lista de Bienes de Interés Cultural - BIC Distrital.

3. Se habla de terrenos donados hacia 1772. En: Zapata, Óscar (2025). Entre la Felicidad y la Pena. Panamericana, Medellín. Para 1889 se reciben predios adicionales en donación. En: A.H.A: Notaría Primera de Medellín, Escritura 1082 de 1889.

5.6. Casa de Josefina y Jorge Alzate

Sobre el camino tradicional que de Los Vásquez va hacia Mazo se ubica una casa abandonada: aunque sus paredes se desmoronan, la puerta aún se sostiene abierta, cuñada por la herrumbre.

Escanea para más información

Josefina y Jorge Alzate se encontraban entre los vecinos más distinguidos de Mazo, siendo famosa su casa por las novenas, los villancicos y la música tropical que hacía eco en diciembre. Para ese entonces Los Hispanos eran tendencia, y a través de una radiola de pilas, su música amenizaba las reuniones decembrinas. Josefina tenía muy mal genio, pero su carácter no era impedimento para que abriera las puertas de su casa para hacer la novenas con los vecinos: los chinches se sentaban en fila, los adultos se entretenían bailando al ritmo de la radiola; se preparaba natilla de maíz y buñuelos fritos en manteca de cerdo. Los adultos tomaban aguardiente entre baile y baile, pero a escondidas. Se trataba más de encuentros familiares y comunitarios, que de un escenario de rumba, y aunque los pies se movían un rato al ritmo de Los Hispanos, una vez cesaba la fiesta, los vecinos emprendían el regreso a la centralidad de Mazo por el empinado camino.

La casa fue construída en tierra. En sus paredes se observan bloques de terrón crudo en la sección que conforma la L del corredor, al igual que ladrillo de tres huecos en algunos sectores que evidencian remodelaciones, como es el caso del baño. Antes la letrina se ubicaba afuera, pero con el paso del tiempo y la llegada de redes de alcantarillado, se pasó a construir baños anexos a las casas.

Desde antes de la pandemia del año 2020, Josefina y Jorge ya no habitaban la casa. La falta de mantenimiento ha cobrado factura: el techo, de caña brava cubierta por helecho se ha derrumbado exponiendo los muros bajo él, de esta manera, se ha dado inicio a un proceso de erosión que día a día convierte los muros en herrumbre.

5.7. Casa de Aurelio Alzate y doña Lola

Subiendo desde la centralidad de Mazo hacia el sector Los Vásquez se encuentra una casa abandonada hace tiempo: un helecho sarro de metro y medio de altura se eleva sobre sus ruinas.

Escanea para más información

Aunque se desconoce la fecha de construcción de la casa, se notan adiciones en materiales modernos como ladrillo de tres huecos y concreto a una estructura tradicional en tapia. En su interior, la presencia de grandes hoyos excavados podría ser evidencia de prácticas asociadas a la guaquería. Perteneció originalmente a Aurelio Alzate y doña Lola, nativos de la vereda. Estuvo rodeada de jardines y cultivos de estrella de Belén, agapantos y chochos. Aurelio se dedicaba a la extracción de productos del bosque que luego ofrecía en la ciudad. Tras la llegada de Empresas Públicas de Medellín a Santa Elena se vinculó a esta compañía, lo que posibilitó mejorar su condición económica y mejorar la calidad de vida de su familia.

Aurelio y doña Lola tuvieron cinco hijos: una mujer, la mayor, y cuatro hombres. Cuando la hija cumplió 15 años, sus padres le regalaron un par de zarcillos de oro que, en alguna ocasión, se perdieron entre el entablado de la cocina. A mediados de los sesenta, Empresas Públicas de Medellín compró el predio dentro del programa de restauración ecológica. Aurelio y doña Lola se fueron a vivir a Medellín y la estructura se convirtió, entre las décadas de los ochenta y noventa, en un espacio de ocio y juegos para los niños de la vereda.

Un curioso personaje reconoció haber sido el responsable de los rastros de guaquería, según su relato, hizo esos huecos buscando los zarcillos que se le habían caído a la hija de Aurelio y doña Lola entre el entablado de la cocina.

En el marco del programa de restauración ecológica de Empresas Públicas de Medellín se realizaron excavaciones arqueológicas en el predio[4]. Se encontraron fragmentos de loza y vidrio de la década del sesenta, así como materiales constructivos contemporáneos como mallas metálicas y elementos en concreto. Se identificaron dos letrinas: una en tierra y la otra recubierta en concreto, numerosas canicas y pistolas de copa.

4.Escobar, Santiago (2025) Ejecución del Plan de Manejo Arqueológico para los lotes del Año 4 del PIMF de EPM. Corporación Parque Arví, Medellín.

Escanea para más información

5.8. Casa Jesús María Ramírez

En el sector Los Vásquez, junto a los contenedores, restos de teja se asoman entre el pasto. Un ojo atento verá en el terreno las leves elevaciones.

Habitantes de la vereda Mazo recuerdan la casa como una vivienda en tapia, de sólo dos habitaciones, con cocina y corredor. La casa no estaba empañetada, los muros desnudos en tierra dejaban ver tres hiladas de tapiales que componían la estructura. El agua llegaba por acequia y una huerta exhibía flores y hortalizas. Se cuenta que, en ese entonces, los mayores mezclaban tierra de peña con hojarasca, boñiga, capote, tierra negra y bagazo de fique*, que era utilizado para fertilizar las huertas.

Jesús María era un señor alto, de sombrero, saco formal y una camisa blanca. Leía mucho y aconsejaba a los jóvenes en el buen proceder. Era soltero, no tenía familia y vivía solo. Se dedicaba a recoger leña para vender en Medellín. El camino de La Cuesta era la ruta que utilizaba para desplazarse. En esos tiempos, los silleteros no usaban zapatos y bajaban descalzos, con sus enormes pies anchos hasta la ciudad. Era olvidadizo y a menudo, descargaba el viaje poco antes de llegar a Medellín para subir de regreso con las manos vacías. Quienes lo recuerdan, le atribuyen poderes especiales.

En alguna ocasión, los vecinos de la vereda se percataron del tiempo que llevaban sin verlo. Lo encontraron muerto, en su casa.

El hogar de Jesús María fue desmantelado por personas indelicadas que robaron la teja para aprovecharla en otras construcciones o que disfrutaron viendo caer los muros tras empujarlos.

El terreno fue adquirido por EPM y en la actualidad se levanta una plantación forestal, en cuyo plan de restauración ecológica abordó la estructura desde una perspectiva arqueológica en el año 2020[5].

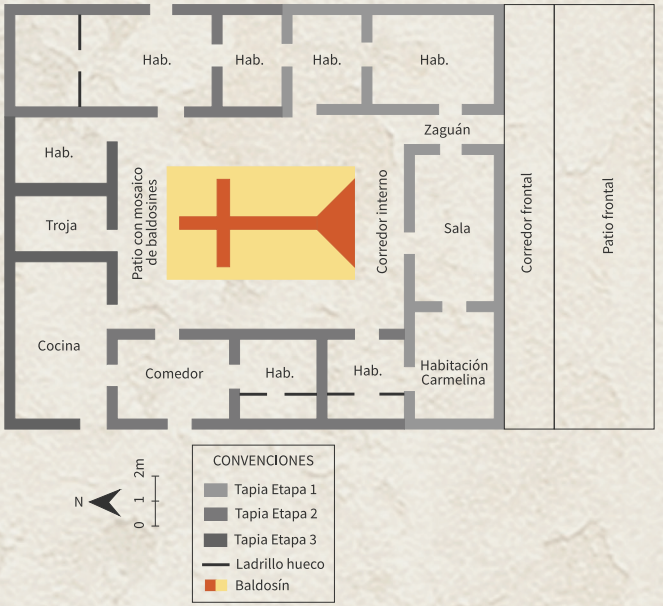
5. Escobar, Santiago (2025) Ejecución del Plan de Manejo Arqueológico para los lotes del Año 4 del PIMF de EPM. Corporación Parque Arví, Medellín.

5.9. Casa La Cruz. Casa Darío Grajales

Por las colinas de La Palma se encuentra la Casa la Cruz, refugio de familias trabajadoras e influyentes de ayer y hoy.

Escanea para más información

A mediados del siglo XX, esta casona fue el hogar de la familia Grajales Alzate, formada por Darío y Carmelina. Ellos cultivaban y vendían las flores más hermosas de Santa Elena. Quienes les ayudaban en el campo —niños y vecinos— recibían en contraprestación costales llenos de frijoles, papas, zanahorias y habas. Durante las festividades religiosas, los amplios patios de la casa se convertían en escenario de reinados de belleza y remates de productos, con los que se honraba a los santos y se recaudaban fondos para las parroquias.



a historia de esta casa va más allá de los Grajales. Con más de 150 años de antigüedad, se cree que alguna vez albergó un seminario o convento, dada su gran cantidad de habitaciones y el mosaico en forma de cruz que decoraba el patio interno. Su arquitectura revela una construcción por etapas: primero fue una estructura sencilla, luego se amplió y finalmente se encerró, siempre con muros de tapia.

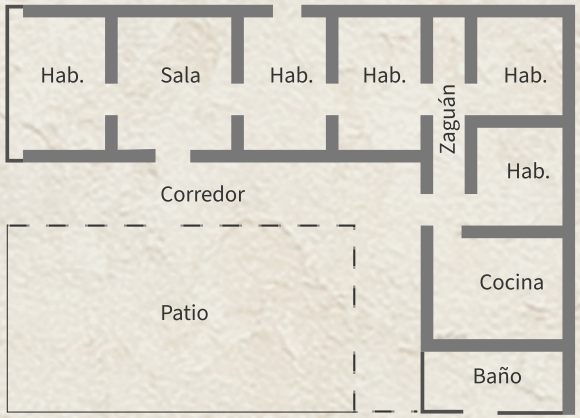
Hoy, la casa pertenece al ingeniero David Cock, cuyo padre la adquirió en un remate bancario tras la imposibilidad de Darío Grajales de pagar la hipoteca. Los Cock descienden de William Cock Williamson, un inglés que llegó a Colombia a mediados del siglo XIX como parte de una comisión para tecnificar la minería del país. Desde entonces, sus descendientes han tenido un papel destacado en la historia empresarial y política de Antioquia y Colombia. Gracias al interés de David por preservar la historia y la arquitectura de la casa, este lugar y los recuerdos que alberga seguirán vivos para las generaciones futuras.

5.10. Casa Eladio Atehortúa

Bajando por una de las lomas de Barro Blanco se divisa una casa que custodia memorias de ocio y devoción popular.

Escanea para más información

No se sabe si fue el difunto Eladio Atehortúa, su antiguo dueño, quien la mandó a construir o si la heredó, lo que sí es claro es que decidió convertirla no sólo en el hogar donde levantó su numerosa familia, sino en un espacio comunal para los festejos, la celebración de la fe católica y el aprendizaje.

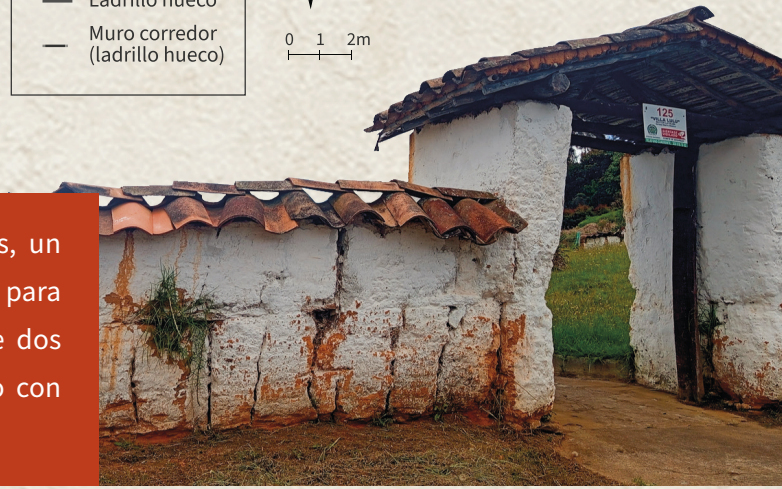


La casa fue escenario de las romerías*; en estos encuentros se veneraban figuras religiosas, se vendían buñuelos, empanadas, envueltos y otras delicias campesinas. Para recaudar fondos se organizaban reinados de belleza, bailes que congregaban a los vecinos mientras que los niños jugaban. Momentos de integración comunitaria. Antes de construir la escuela La Trina, la casa fue por muchos años el espacio donde los más pequeños aprendieron a leer, a sumar, a restar.

Se observa un portal en tapia con la cubierta original de bahareque y teja. Después de la entrada, está la casa pintada de azul y blanco, bordeada por el corredor donde se enseñaba a los niños. Al frente se encuentra el patio, un empedrado que sirvió de pista de baile y oratorio a cielo abierto para las romerías. El espacio está delimitado por un muro de piedra donde la gente se sentaba a oír los sermones o a descansar los pies.

Hoy, la casa es habitada por los descendientes de don Eladio. Los vecinos de Barro Blanco aún hacen eco de los recuerdos que estas medianeras resguardaron.

Aún a lo lejos se ven las medianeras, un cercado de muros de tapia que servía para resguardar la casa y el llanito donde dos o tres vacas criollas pastaban, dando con mucho esfuerzo un puchito de leche.

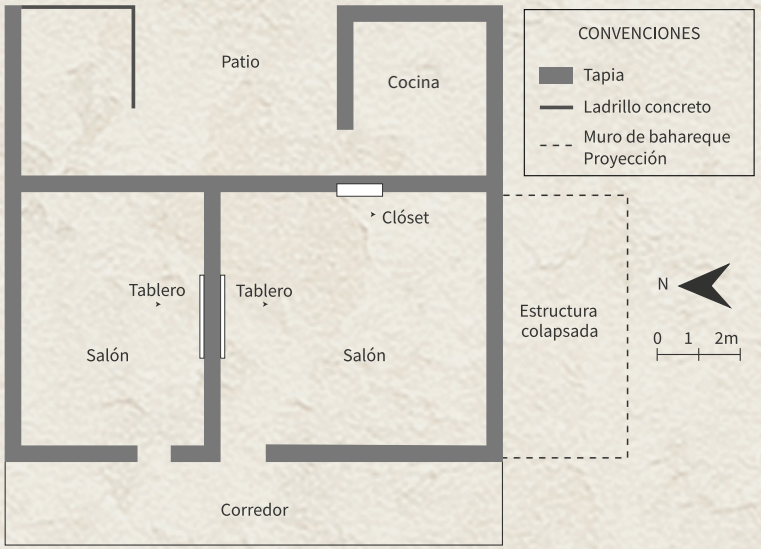


5.11. Escuela La Trina

En Barro Blanco, loma abajo de la casa de Eladio Atehortúa, se encuentra la escuela La Trina. Aunque sus muros poco a poco se desmoronan, la comunidad aún recuerda este escenario donde estudiaron.

Escanea para más información

Eladio Atehortúa estuvo casado dos veces. Su primer matrimonio con Ascensión se vio interrumpido por la muerte. De su segundo matrimonio con María de la Luz nacieron once hijos. Las primeras seis mujeres tuvieron como primer nombre María. Berta Lía, la hermana menor, recuerda que las Marías tenían que caminar hasta La Honda para asistir a la escuela; así que su padre decidió tomar el asunto en sus propias manos. En un terreno de su propiedad, se dio inicio a la construcción de la escuela. Los vecinos armaron convite y aprovecharon la madera de un monte cercano para emprender este proyecto.



El Municipio de Guarne, al enterarse de la construcción, demandó a los involucrados por hacer uso indiscriminado de recursos municipales. Sin embargo, ante la necesidad de prestar el servicio educativo, recibió con gusto la donación y desde entonces empezó a operar allí la escuela. Entre las historias recordadas por la comunidad, se mencionan los muros de piedra cercanos a la escuela, en donde se ubicaba la huerta a cargo de los estudiantes. Durante las labores de mantenimiento de esta, se menciona que los niños encontraron una guaca: la profesora, nativa de Cocorná, la arrebató a los niños para su supuesta custodia. Sin embargo, huyó al alba del nuevo día y nunca nadie la volvió a ver.

Algunos recuerdan que la escuela funcionó hasta el año 1965. En sus aulas se formaron varias de las personas mayores que aún habitan la vereda Barro Blanco. Sin embargo, tras su abandono por parte del Municipio, cayó en desuso y ahora solo quedan sus ruinas.

5.12. Casa Pedro Luis Londoño

En el sector La Montañita de Barro Blanco se instaló la descendencia de las familias Londoño y Ramírez.

Escanea para más información

Pedro Luis Londoño es un personaje muy reconocido en la historia referida a la construcción de casas de tapia en Santa Elena. Junto a Crispiniano Ramírez fueron los responsables de levantar muchas de estas edificaciones. La casa de soltero de Pedro Luis, hecha de tapia, colapsó tras un fuerte temblor de tierra. Tras contraer matrimonio con Séfora Alzate se mudó a Mazo, vereda de la que Séfora era nativa. En 1944, Pedro Luis compró, por 350 pesos, un terreno en Barro Blanco donde construyó su hogar con Séfora y sus once hijos.

La casa la construirían entre Crispiniano y Pedro Luis. Julio, el hijo mayor de Crispiniano, hacía las veces de zurrón*, es decir, el encargado de llevar la tierra para ser apisonada. La casa fue espacio de novenas y pesebres en el mes de diciembre. Era, además, un espacio dedicado a la devoción: mientras que las romerías tenían lugar en la casa de Eladio Atehortúa, las misas estaban reservadas para la casa de Pedro Luis. El padre de Guarne venía a dar la Santa Misa en el patio empedrado de la casa, hoy en día cubierto en concreto.

Aunque los espacios de fe se desplazaron hacia arquitecturas dedicadas a este fin, la vocación religiosa de la familia sigue presente con la virgen que ocupa un altar enfrente del patio.

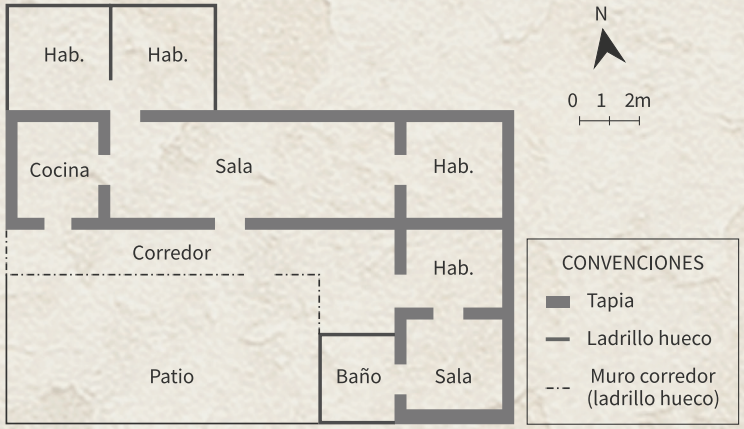
La fe de la familia fue tal que Séfora donó un terreno heredado de sus padres para la construcción de la capilla de Barro Blanco. En cuanto a la casa, aún sigue en pie, con un tejado renovado que se iza sobre sus gruesos muros en tierra.

5.13. Casa Crispiniano Ramírez

En el sector La Montañita de Barro Blanco, Crispiniano Ramírez y Pedro Luis Londoño construyeron muchas de las casas que aún conforman estos paisajes.

Escanea para más información

Crispiniano y Pedro Luis no compartían sólo lazos laborales, sus lazos también eran familiares. Ana Londoño, esposa de Crispiniano, era hermana de Pedro Luis. La finca La Montañita era propiedad de Manuel Antonio Londoño y Teresa Zapata, padres de Pedro Luis y de Ana. Ambos crecieron en Santa Rita, en una de las casas más antiguas del territorio. En 1944, Pedro Luis y Crispiniano iniciaron en conjunto con Manuel Ayala la construcción de tres casas: Pedro Luis y Crispiniano terminaron las suyas, mientras que la tercera quedó incompleta, hasta que años después, Julio Ramírez, hijo mayor de Crispiniano, culminó la construcción cuando tenía 14 años.



Crispiniano era famoso por sus múltiples oficios: era maestro tapiero, carpintero y docente. Los muebles y ventanas de Crispiniano adornan aún muchas de las casas del territorio. La comunidad recuerda cuando viajó a Boyacá junto con Amparo Parra, para recibir capacitación en la Escuela Radiofónica Nacional Sutatenza*, para luego dedicarse a la enseñanza de la lectura, la escritura y la aritmética a los mayores de la comunidad.

Los hijos de Crispiniano, desde Julio el mayor hasta Gonzalo el menor, trabajaron como zurrones cargando tierra para que las manos expertas de Crispiniano y Pedro Luis la apisonaran.

Crispiniano representa un hito en la historia de la comunidad, en los relatos que se conservan sobre la construcción de muchas de las casas de tapia de Santa Elena. Sus hijos mantienen vivo el legado que los identifica como silleteros*.

Los tapiales eran moldes de madera, de 2,20 m de largo, 1,20 m de alto y 60 cm de grosor. Se excavaban huecos en las paredes para hacer las veces de alacenas, los pisos se hacían en tabla suspendida en los cables: palos gruesos que hacen las veces de largueros, que a su vez estaban apoyados en gruesas rocas que los separaban del suelo.

5.14. La Casandra. Casa Julio Ramírez

Julio Ramírez no nació en La Montañita pero creció allí. Se desempeñó como zurrón, fue testigo de la llegada de la electrificación y construyó su propia casa siguiendo el legado de su padre Crispiniano.

Escanea para más información

En la actualidad, en Colombia, es un delito considerar que un niño de 14 años trabaje. Sin embargo, en tiempos pasados era una escena normal. Así se recuerda a Julio Ramírez quien terminó de construir La Casandra a sus 14 años. Un proyecto que decidió culminar cuando su papá, Crispiniano, declinó la idea de concluir esta obra. De pequeño, Julio también cargó tierra para hacer la casa de su papá y la de su tío Pedro Luis.

La teja la compró por seis pesos en Tejar El Rosario en Guayabal. Un familiar le cobró dos pesos por subirla en chiva* hasta el estadero El Silletero. De allí la entraron a pie, haciendo viajes con carguero desde la madrugada hasta el anochecer. Julio recuerda que, por suerte, en ese entonces la gente no robaba.

Julio presenció la llegada de la electrificación a la vereda. Antes todo se iluminaba con velas hasta la llegada de Telecom hace unos cincuenta años. Su tío, que trabajaba toda la semana vendiendo papa en el barrio Boston, pagó diez mil pesos para que trajeran una línea.

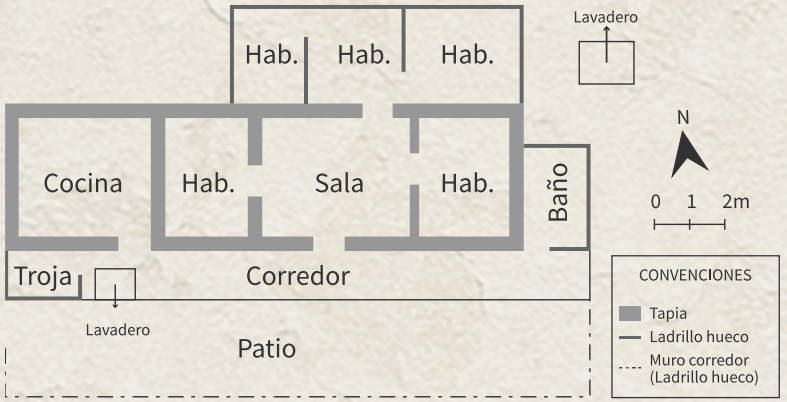
Julio se casó con Ana Rosa Gallego y en La Casandra crió a sus ocho hijos. La casa ha pasado por varias intervenciones. Se cambió el piso tres veces: primero era en boñiga; luego, fue en tabla y en la actualidad, es de cemento y baldosa. Hace algún tiempo, un fuerte temblor de tierra derribó algunos muros que fueron reemplazados por ladrillo tres huecos. A sus 90 años, Julio ya no desfila, pero participa cada sábado de los Mercados Campesinos.

Escanea para más información

5.15. Casa Loma

Descendiendo por el camino El Chontal, desde el Bailadero de Las Brujas hacia Medellín, se ubica Casa Loma.

Delio Alzate y Evangelina Gutiérrez, oriundos de la vereda Mazo, se casaron en 1925. Con ayuda de sus vecinos construyeron en un convite y muy cerca del Bailadero de las Brujas, su nuevo hogar: Casa Loma. En 1937 nació su primogénito, Ramón. Delio era un campesino dedicado al cultivo de flores como las azucenas, los agapantos, las tritomas y los lirios. Aunque asistió a la Escuela Sabanas, nunca aprendió a leer, lo que le costó la vida al beber accidentalmente un herbicida.



Desde entonces, Ramón ayudó a su madre, doña Evangelina, a criar a sus cuatro hermanos. En su juventud conoció a Bernardita, sobrina de María Aguirre y oriunda de Belmira. María, al ver la creciente familiaridad entre ambos jóvenes, envió a Bernardita de regreso a Belmira. Sin embargo, ella le dió a Ramón instrucciones de cómo encontrarla. Así, esta pareja se reunió una vez más y pasaron a habitar en Casa Loma.

Ramón trabajó construyendo caminos para EPM. También se dedicó a la ganadería, la cacería y la pesca. Aunque no contaba con contrato silletero, encargó un armario de silleta a Crispiniano que utilizó para transportar leña, pasto y el cuido de las vacas. Incluso, transportó en ella a una vecina que, ocasionalmente, le pagaba para que la trasladara en la silleta hasta Armenia Mantequilla. Años más tarde, recibió invitación formal para desfilar como silletero, pero debido a su avanzada edad rechazó este ofrecimiento.

Federico Alzate, su hijo, pasó a formar parte del Desfile de Silleteros cuando tenía 17 años. Aunque Ramón ya falleció, su imagen perdura en un mural pintado sobre la pared norte de Casa Loma y su memoria sobrevive en Federico, su hijo.

5.16. Cervecería Alto de la Mora[6]

En el Alto de la Mora, junto al Camino de La Cuesta, una icónica casa y su dueño persisten el paso del tiempo mientras custodian parte de la historia de Antioquia.

Escanea para más información

Se cuenta que en el Alto de la Mora se inició, hacia 1850, la construcción de una casona cuya obra se prolongó por cerca de quince años. Para 1875, en este lugar se instaló una cervecería propiedad de Cipriano Isaza y administrada por el inglés Carlos Wright. La casona que hoy se ubica en el Alto de la Mora parece haber sido la sede administrativa y aposentos de los propietarios de la industria allí instalada, que eventualmente sería comprada por la Cervecería Tamayo y trasladada al actual sector de La Alpujarra, de acuerdo a la memoria de sus vecinos.

Tras el cambio de propietarios, la familia Sierra se hizo cargo del predio y cultivaron extensos campos de mora, lo que con el tiempo dio nombre al lugar: Alto de la Mora. Luego, la casona pasó a manos de un sacerdote —cuyo nombre se perdió en el olvido— y, posteriormente, fue adquirida por Pedro Luis Gutiérrez, quien la convirtió en el hogar de su familia.

Si no fuera por el humo que sale del patio interno, se pensaría que está abandonada, las paredes de tapia y terrón* están descascaradas, agrietadas y ralladas, dejando ver el embo-ñigado y las rocas apiladas de los cimientos. Los recuerdos de la cervecería siguen presentes, Iván Darío, algo cansado, atiende a los grupos que asisten a tomarle fotos a su casa.

Ya no salían de allí botellas de cerveza, sino sacos de legumbres, cebollas y, por supuesto, moras en abundancia. Hoy, su hijo Iván Darío aún se ocupa en cultivar y en mantener en pie la vieja casona. Sin embargo, sostener una casa construida con tierra, madera y piedra no es tarea fácil: el tiempo pasa factura y la restauración resulta costosa y compleja.

6. Esta estructura hace parte de la Lista Indicativa Candidatos a Bien de Interés Cultural - LICBIC Distrital.

5.17. Hotel Cabuya

En Piedras Blancas, cerca a la estación del cable, unas ruinas en tapia se izan en la intersección de dos caminos. Historias de arrieros aún resuenan en sus corredores.

Escanea para más información

En el cruce de los caminos de La Cuesta y El Sango se encuentran unas ruinas de tapia que los habitantes de la vereda aún recuerdan como el Hotel Cabuya. Este lugar cuenta la historia de múltiples usos en un mismo espacio: durante la colonia se construyó una estructura que funcionó como vivienda. Una edificación de muros gruesos, tierra amarilla apisonada y cimientos en cuarzo de más de un metro de alto. En el periodo republicano, se incorporaron a la propiedad muros en tierra de color rojo, menos gruesos. Los cimientos construidos fueron de menor altura a los originales y para el piso y techo se utilizaron materiales fabricados en serie.

La estructura se encuentra circundada por muros en tierra y piedra que se elevan sobre la orilla del camino, erosionada por el tránsito de personas y la acción del agua. Los adultos mayores del territorio escucharon de sus abuelos que allí funcionó el Hotel Cabuya. Una posada para los arrieros que transitaban por los caminos de El Sango y La Cuesta. Esta teoría cobra fuerza al observar las dos etapas constructivas del edificio, las cuales podrían interpretarse como un esfuerzo de los propietarios por ampliar la casa para adaptarla como un sitio de descanso para los arrieros y sus recuas de mulas.

Durante las excavaciones arqueológicas[7] de esta estructura, se encontraron entre la herrumbre de sus muros fragmentos de botellas de licores, así como de medicamentos y ungüentos. Estos cuentan la historia de un espacio de encuentro entre viajeros nacionales e internacionales, que desde el Cauca y el Magdalena recorrían extensos caminos para llegar a la creciente urbe de Medellín.

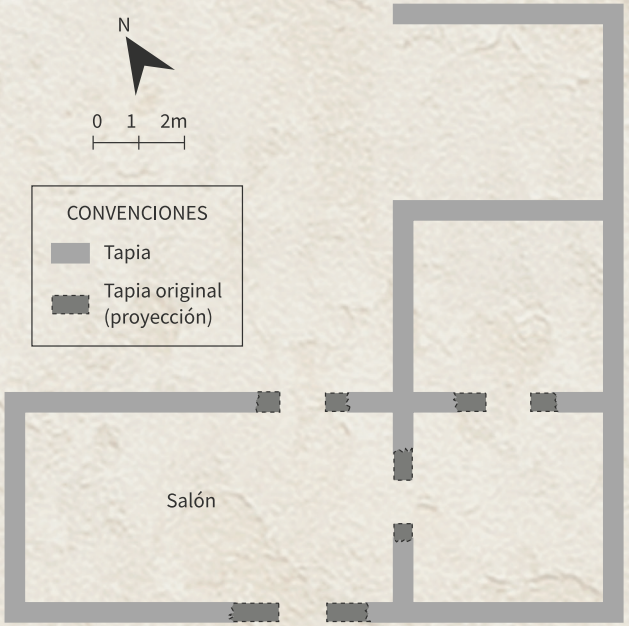
7. Gómez, Liliana (2017). Descombramiento y limpieza de las ruinas en tapia pisada "Hotel Cabuya". Corporación Parque Arví. Medellín.

5.18. Escuela Sabanas

A un costado del antiguo camino de La Cuesta, una ruta imprescindible de tránsito hacia Medellín, se conservan los restos de la Escuela Sabanas.

Escanea para más información

La comunidad recuerda que la escuela fue construida alrededor de 1890, gracias a don Ricardo Llanos, propietario de la hacienda Sabanas, quien donó el predio. Durante décadas, este fue el centro educativo de muchos de los niños que habitaron la vereda. Algunos recuerdan la imagen de estudiantes que llegaban descalzos, con la ropa remendada y, muchas veces, sin haber comido. El techo, de maguey entejado y levantado a dos aguas, cubría un interior de paredes emboñigadas, donde el piso alternaba tierra y tabla.



La Inspección de la escuela estaba a cargo del señor Jesús Vanegas[8], mientras que las profesoras Judith, Marta y Fabiola, cuyos nombres aún se evocan con respeto y admiración, se dedicaban a impartir clases hasta segundo de primaria. La disciplina en aquel entonces era rigurosa: “el que no aprendiera, le daban madera, porque con sangre entra”, relatan los mayores, mezclando recuerdos difíciles con risas llenas de resignación. Además, esta casa fue la primera en la vereda en contar con luz eléctrica, un hecho que causó gran asombro y reunió a los vecinos, quienes acudieron a presenciar lo que consideraron un verdadero “milagro” de la modernidad.

Tras ser atendida por profesoras empíricas, el municipio envió finalmente a Sara Esther, una maestra oficial con autonomía frente al Inspector. Sin embargo, su labor fue irregular y generó descontento, lo que culminó en una huelga comunitaria. Sara argumentó que “allí no se necesitaba una escuela” y abandonó el cargo.

Desde entonces, el edificio quedó en abandono. Hoy yace en ruinas. Quienes recorren La Cuesta aún identifican los vestigios de este símbolo imborrable del paisaje cultural.

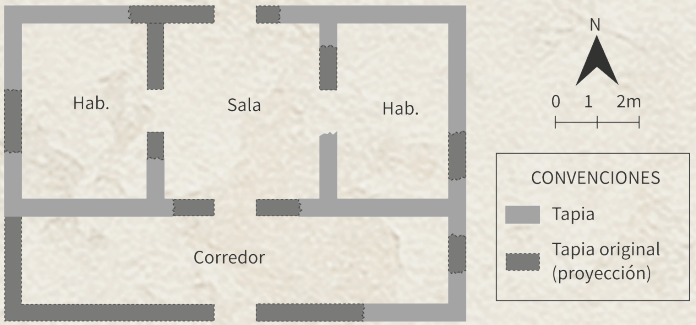
8. Corporación Recuperando Identidad (2012). Sobre un valle: Piedras Blancas memorias de un territorio…muchas historias. Junta de Acción Comunal Vereda Piedras Blancas, Medellín.

5.19. Casa Las Mercedes

Muy cerca de la antigua Escuela Sabanas, en el mismo camino que acompaña el ascenso a la laguna, se distinguen los restos de la casa de Las Mercedes.

Escanea para más información

Aunque hoy sólo permanecen algunos muros en pie, este fue un lugar muy querido por la comunidad de Piedras Blancas. La vivienda, hecha en tapia y emboñigada como solían ser las construcciones más antiguas, fue hogar de dos hermanas conocidas como Las Mercedes. Estas muchachas, oriundas, se dice, de Yalí, ayudaban en la escuelita de Sabanas. Su hospitalidad era muy valorada por quienes transitaban el camino. Don Efrén Vásquez, nativo de la vereda Mazo, recuerda la imagen de estas hermanas a quienes conoció hace unos cincuenta años.



Para los vecinos, la casa era un pequeño refugio en medio del bosque. Efrén recuerda que de niño, cuando caminaba por ahí cogiendo cositas del monte y lo sorprendía la lluvia, ellas lo invitaban a pasar y le ofrecían algo de comer. Festejaban su llegada, diciéndole: ¡qué niño tan lindo venía por ese camino tan largo! La casa tenía entonces un pedacito bueno, medio resguardado, donde las hermanas mantenían sus cosas, el resto de la vivienda tenía problemas en el techo y se iba derrumbando de a pocos.

Con el paso de los años, la estructura quedó a merced del clima. Finalmente la gente terminó por tumbar lo poco que quedaba. Solo algunos fragmentos y el registro arqueológico reciente[9] permiten ubicar hoy el lugar exacto donde se alzaba esta vivienda sencilla pero significativa.

Aunque desaparecida, Las Mercedes sigue habitando la memoria local como un testimonio de las vidas silenciosas que dieron forma a este territorio.

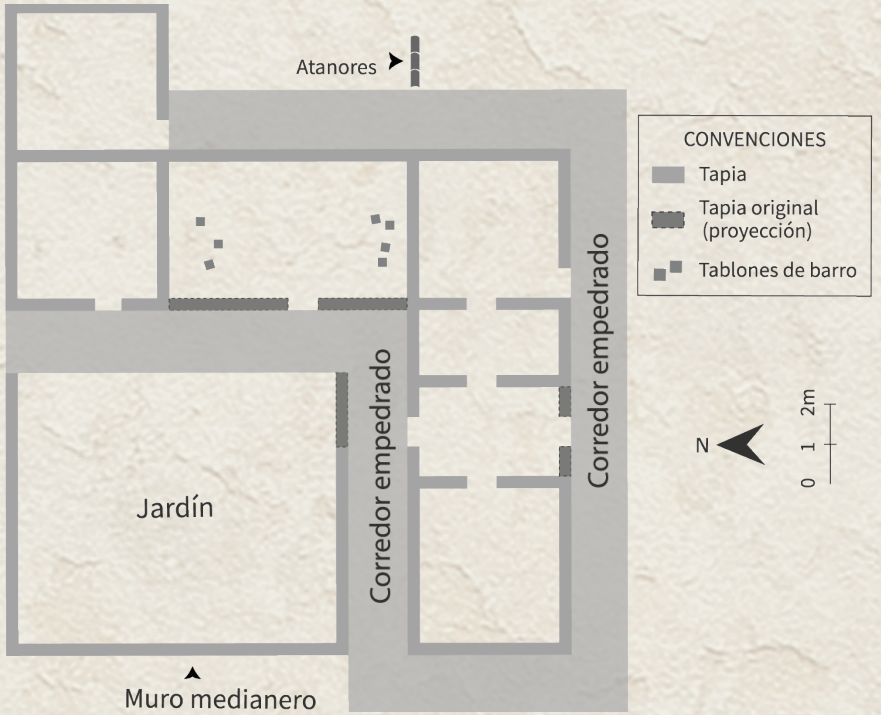
9. Correa, Elvia Inés. (2010). Intervención de caminos ancestrales. Camino de la Cuesta: Tejiendo patrimonios y memorias. Secretaría de Cultura Ciudadana. Medellín.

5.20. La Cartuja

A un costado del camino de La Cuesta, en cercanía a la Laguna de Guarne, sobreviven los restos dispersos de La Cartuja.

Escanea para más información

Aunque no se tiene certeza sobre quién la construyó ni hace cuánto, los mayores de la comunidad recuerdan que el sacerdote Javier Roldán consolidó en La Cartuja, un sitio de encuentro y recreo para la comunidad de la vereda Matasano. Allí se celebraron eucaristías, se ofrecía alimento, estadía y empleo a las personas más necesitadas; y gracias a los conocimientos de plantas medicinales que tenía el padre Roldán, La Cartuja también fue centro médico.



La Cartuja era entonces, un sitio de encuentro donde la comunidad y los visitantes también se reunían para disfrutar de bailes a ritmo de tiples, guitarras y bandolas mientras brindaban con aguardiente, tapetusa y cerveza. Algunos recuerdan lo especial que era la fiesta del 6 de enero, pues, sin importar qué día de la semana señalaba esta fecha, era un evento para la diversión y el consumo de licor sin medida. Hay una historia que mancilla la memoria de La Cartuja y que se conserva en la memoria de los adultos mayores de la vereda: en una de estas celebraciones, dos borrachos desenfundaron sus machetes hasta que uno de ellos asesinó al otro. Nadie recuerda sus nombres.

El predio fue adquirido por el Acueducto de Piedras Blancas, cuya sede se construyó en este lugar. Solo fragmentos de tapia permiten identificar el antiguo asentamiento de La Cartuja. Aunque la estructura está prácticamente desaparecida, su presencia mínima sigue marcando el territorio, como un eco discreto de las vidas que alguna vez habitaron ese rincón de Piedras Blancas.

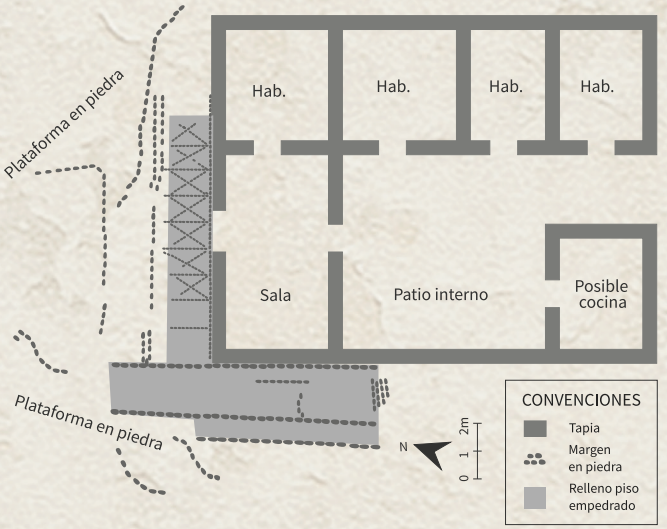
5.21. Casa Pozo Real

En el sector Chorro Clarín, sobre la margen derecha de la quebrada Piedras Blancas, se ubican las ruinas de una casa en tapia cercanas a un ojo de sal.

Escanea para más información

Los ojos de sal son fuentes de aguas enriquecidas por minerales salobres que se encuentran distribuidas a lo largo del Macizo Central Antioqueño. Para el caso del altiplano de Santa Elena existen evidencias de explotación de este recurso que se remontan a tiempos prehispánicos. Dataciones radiocarbónicas[10*] sugieren que hacia el 390 d. C., el salado de Pozo Real se encontraba en explotación. Grandes cantidades de cerámica prehispánica asociadas a esta actividad y la fabricación de plataformas y canales en roca destinados a aumentar la eficiencia del proceso, son otras de las evidencias de esta práctica en Pozo Real.

Durante esta nueva ocupación, se reanudó la explotación del recurso salino. Escrituras que datan del año 1699, evidencian que se realiza el traspaso ordinario del salado Pozo Real del difunto Andrés de Monrroy a un nuevo propietario: Andrés Atehortúa Ossa[11]. La extracción del recurso salino estuvo acompañada de la minería de placeres auríferos* en la quebrada Piedras Blancas y la consolidación de una vivienda de élite: los corredores, empedrados en cuarzos bien seleccionados y con decoraciones en forma de X, hablan de una estética refinada, y la presencia de loza importada de producción francesa sugiere un alto estatus social de los ocupantes de la vivienda.



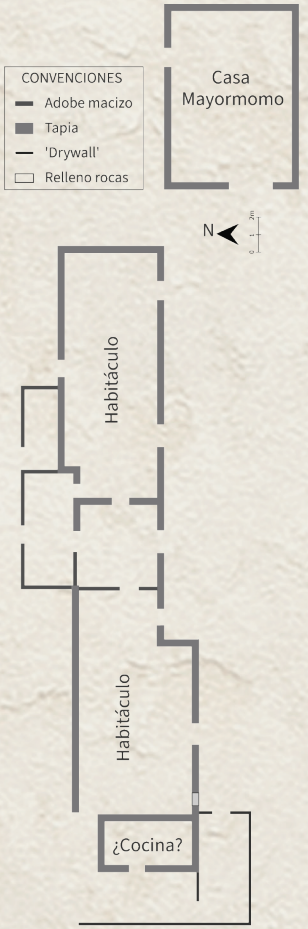
Tras un periodo sin presencia humana en el espacio, hacia el año 1680, pioneros del noroccidente antioqueño llegaron al altiplano buscando tierras donde instalarse. Una de estas familias se ubicó en el paraje de Chorro Clarín. Allí, construyeron sobre las plataformas una vivienda en tapia en forma de U, con seis espacios divididos y un patio interno.

10. Castro, Gonzalo (1999). Investigaciones Arqueológicas en la Cuenca Alta de la Quebrada Piedras Blancas. Corregimiento de Santa Elena. Informe final de Investigación, Corantioquia, Medellín.

11. A.H.A. Colonia. Salinas. Tomo 374. Folios 271-275. En: Castro, Gonzalo (1999).

5.22. Montevivo

En el paraje de El Cartucho, Montevivo[3] conserva el eco de una historia que enlaza independencia, arriería y restauración ambiental.



En su salón principal había rejas de macana* donde los arrieros guardaban su carga antes de seguir por el camino El Cartucho hacia el Alto de la Yegua. Con los años, el bullicio de mulas y viajeros dio paso a la Fonda León de Oro, que más tarde cambiaría su nombre a Posada, sirviendo de refugio a quienes cruzaban las montañas del oriente.

El inmueble fue adquirido en la década de 1960 por Luis Vásquez Lalinde, empresario y pionero en temas ecológicos, quien impulsó la restauración de la cuenca de la quebrada Doña María en Itagüí. Luego, los hermanos Darío y Jorge Eduardo Cock compraron el predio con la intención de desarrollar una parcelación. A comienzos de los años noventa, una reflexión familiar transformó ese propósito. Alejandro, hijo de Darío, visitó el eje cafetero y conoció las primeras Reservas de la Sociedad Civil. De regreso, le dijo a su familia:

> *"Bueno padre, ¿de verdad piensas que está bien convertir estos bellos montes en jardines y prados?".*

Tras este planteamiento, Alejandro comenzó a desarrollar el proyecto y transformar el predio en Reserva de la Sociedad Civil. Una iniciativa que hasta hoy, permite su conservación ecológica.

Escanea para más información

Recordada por varios habitantes como el cuartel de José María Córdova durante la campaña libertadora, la casona de Montevivo data del período colonial.

Hoy, Montevivo[12] sigue siendo un espacio de encuentro. En la antigua casona, el colectivo Elemental Teatro desarrolla estrategias para las artes escénicas, trabajo con la comunidad, talleres de formación, conferencias, conciertos y actividades culturales propias de la región. Entre los muros de tapia que alguna vez resguardaron la historia libertadora, ahora florece la creatividad y el arte como nuevas formas de cuidar y habitar el territorio.

12. Esta estructura hace parte de la Lista Indicativa Candidatos a Bien de Interés Cultural - LICBIC Distrital.

5.23. Finca San Francisco. Acueducto Multiveredal

Bañada por la niebla matutina, la casa anaranjada sede del Acueducto Multiveredal roba las miradas de quienes transitan por la centralidad de Santa Elena.

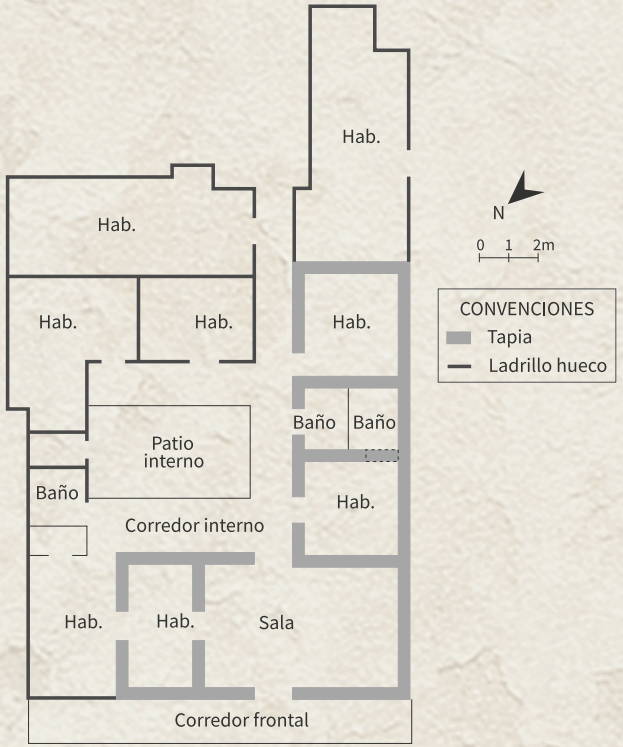
Escanea para más información

Con más de un siglo de historia, esta vivienda fue en sus orígenes la finca San Francisco, hogar de don Francisco de Paula Velásquez Londoño, un nombre que aún resuena entre los mayores del lugar. Décadas después, la casa pasó a ser la sede del Acueducto Multiveredal, un espacio donde se tejen las historias del territorio con las del agua que lo sostiene.

La comunidad recuerda el momento en que el Acueducto debió trasladarse aquí, luego que su antigua sede sufriera problemas estructurales. Fue un acto de compromiso colectivo: el representante legal dió en garantía su propia casa para asegurar la compra del predio, y a su vez, los administradores del Acueducto tuvieron que hipotecarlo para pagar la casa del representante. Desde ese entonces, el inmueble es un símbolo del trabajo conjunto en pro del bienestar común.

Tras la construcción del Túnel de Oriente, se generaron dudas sobre la estabilidad del inmueble, hecho que llevó al equipo administrativo del Acueducto a contratar estudios estructurales. Al verificar que todo se encontraba en orden, se renovó el techo de cañabrava y emboñigado* por materiales más contemporáneos; los muros de tapia se levantan aún, conservando el eco de una vida cotidiana hecha de conversaciones sobre saneamiento, recurso hídrico y su distribución y calidad de vida.

Algunos vecinos aseguran escuchar en las noches ruido de platos y ollas, como si algún espíritu cocinero mantuviera vivo el fuego de la cocina de la casa. Quienes pasan por el parque principal se detienen a mirar la casona, algunos le toman fotografías y reconocen en ella una memoria viva.



La finca San Francisco es más que una sede administrativa: es un refugio del agua, la comunidad y su historia.

5.24. La Tienda de Pepe

En una esquina del sector El Cartucho, la casa de Pepe conserva el eco de las voces que alguna vez llenaron su corredor. Fue tienda, billar y hogar de una familia que horneó pan y construyó comunidad entre sus muros.

Escanea para más información

José María Salazar, conocido por todos como Pepe, compró este predio hace más o menos ochenta años, cuando la casa principal y su estructura auxiliar se alzaban en tapia y bloque cocido. Aquí abrió una tienda y un billar que se convirtieron en un espacio de encuentro, un pequeño corazón que latía al ritmo de las conversaciones de quienes lo frecuentaban. Sí, la casa de Pepe, un lugar donde se podían comprar además, víveres, licor, bizcochos y cocadas.

Con el tiempo este sitio se volvió un punto de referencia en la comunidad. En la parte de afuera, Amparo y Lucía (dos de sus hijas) ofrecían durante la Semana Santa, comidas y panes recién horneados que dejaban en el aire, el olor a leña y parva que todavía flota en los recuerdos de algunas personas que frecuentaron este lugar.

Hoy, la casa es habitada por María Consuelo, la menor de los diecisiete hijos de Pepe. Aunque las estructuras de la casa principal y el techo todavía resisten el paso silencioso del tiempo, las reformas han dejado su huella: el piso de tabla fue reemplazado por baldosa, el corredor frontal se reconstruyó con ladrillo de tres huecos y, hace tres décadas, el patio central y los baños se renovaron con materiales de construcción de la época. En la cocina, el fogón de leña (ahora acompañado por una estufa de gas) sigue siendo el corazón de la vida cotidiana.

La estructura auxiliar, que fue tienda, billar, iglesia y hoy, taller de motos, continúa adaptándose a los nuevos tiempos. Entre sus muros persiste la memoria de un hogar que fue negocio, punto de encuentro y reflejo de la vida familiar y comunitaria de Santa Elena.

Técnica Constructiva

Vivienda en tapia pisada, con espacios añadidos en ladrillo de tres huecos. Mampostería* en bloque cocido en la estructura anexa.

Escanea para más información

5.25. Casa Familia Patiño

En la vereda Piedra Gorda se conserva una casa cuyos muros de tapia son la memoria de un oficio ancestral.

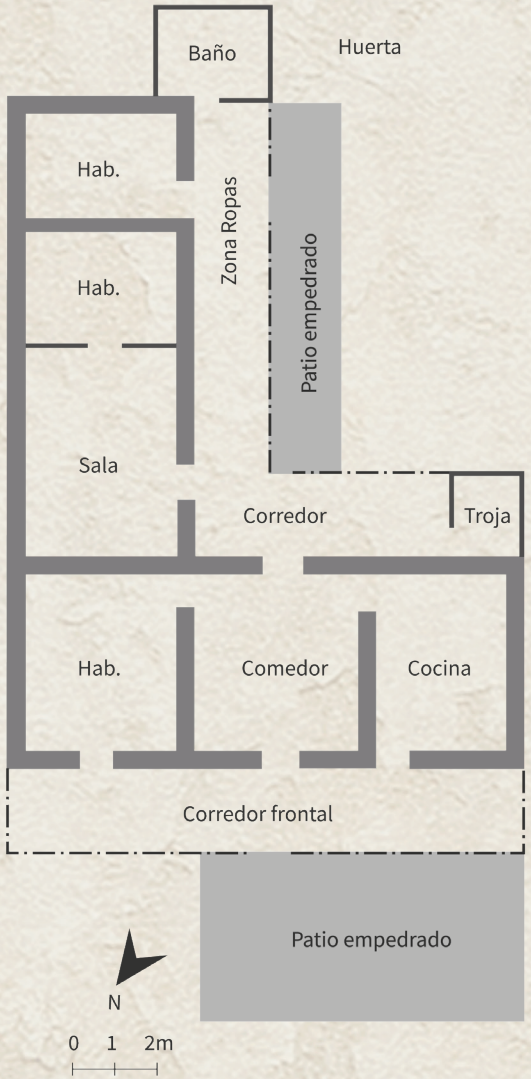
La casa de los Patiño ha sido testigo de la transformación del corregimiento: de un paisaje campesino dedicado al cultivo y la arriería a un territorio donde la tradición se entrelaza con las dinámicas contemporáneas del turismo y la vida urbana. Hoy conviven los nuevos negocios de comida y las construcciones modernas con los vestigios de un pasado rural.

Leopoldina Londoño, esposa de Arturo, fue el alma de aquel hogar: cuidaba el jardín, preparaba comidas y atendía una pequeña tienda que ofrecía cigarrillos, gaseosas, tabacos y la tradicional tapetusa* traída desde Guarne. Arturo se dedicaba a la construcción y al cultivo de verduras y flores que vendía en Medellín, en la Plaza de Cisneros.

Don Arturo Patiño, maestro tapiero y personaje reconocido por su destreza, construyó esta casa en 1958. La casa original contaba con una sala, una alcoba, una cocina y un corredor, la letrina quedaba apartada como era costumbre.

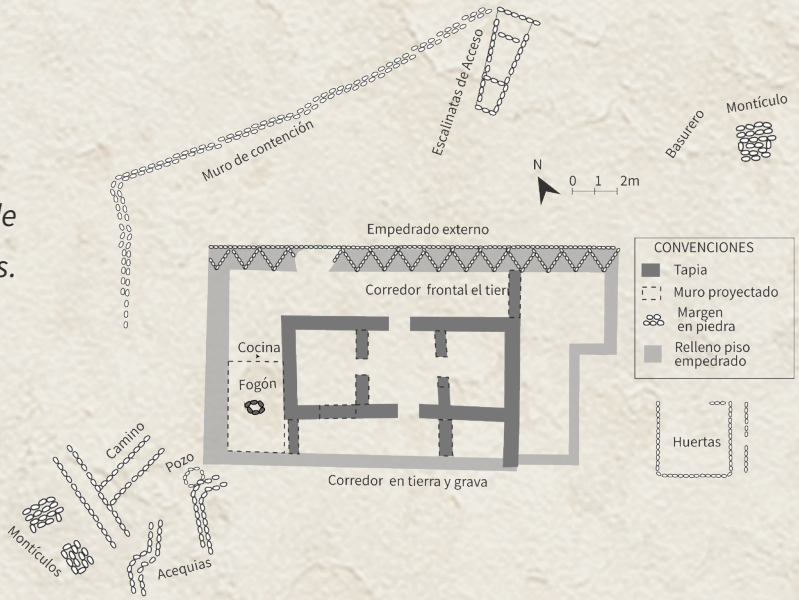
Con los años, las ampliaciones dieron cuenta del crecimiento familiar, sin perder el carácter humilde y cálido de su origen. Aquí nacieron sus ocho hijos, quienes aprendieron desde niños el arte de labrar la tierra; dos de ellos, Óscar y Antelmo, heredaron de su padre el oficio de la tapia pisada, trabajando como zurrones en la construcción de muchas de las viviendas del corregimiento, incluyendo la que existió en el sector donde hoy se encuentra la Montaña Mágica.

Los hijos de Leopoldina y Arturo mantienen vivo su legado: Óscar y Antelmo administran respectivamente la tienda Amor y Amistad y la ferretería Los Patiño. Por su parte, Olga, otra de sus hijas y actual propietaria de la casa familiar, recuerda su infancia, las tardes entre risas, aromas y dedicación de sus padres.



5.26. El Molino

En el sector El Rosario, cerca a la quebrada, se encuentran las ruinas de una casa en tapia. Un vistoso corredor en rocas blancas resalta a lo lejos.

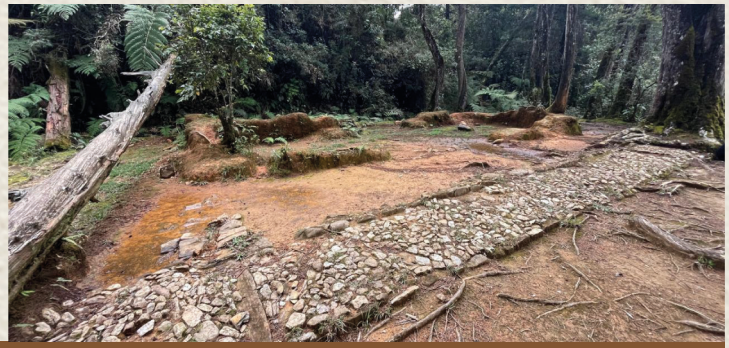


Escanea para más información

En la década de los 90, arqueólogos de la Universidad de Antioquia encontraron en El Rosario una plataforma elevada en piedra, con escalinatas de acceso, ruinas de tapia en su interior y una acequia que conducía el agua: se encontraron frente a un contexto especial. Investigaciones posteriores[13] llevarían a contar la historia de una quebrada que ha observado el paso de mineros ricos, así como de mineros pobres.

Las dataciones radiocarbónicas sugieren que hacia el año de 1610 d. C. se iniciaron las labores de construcción de esta estructura en tapia. Tras agotarse las minas de Buriticá, en el noroccidente antioqueño, muchas familias emigraron en búsqueda de nuevas oportunidades. Algunos de estos pioneros llegaron hasta las quebradas de La Mosca y La Honda. Otros se instalaron en el sector de El Rosario, donde edificaron una casa de volumen sencillo y tres habitaciones.

Aunque no se conoce el por qué, la estructura entró eventualmente en abandono y pasó así muchos años, hasta que en el siglo XIX, con la llegada de nuevas tecnologías de explotación minera, pasó a ser reocupada. Se instaló un molino de pisón, que impulsado por las aguas de la quebrada, trituraba las rocas extraídas de vetas cuarcíferas en socavones cercanos. Esta nueva ocupación no estaría marcada por copas ostentosas, ni elementos refinados, sino por la subsistencia rudimentaria y explotación a baja escala.



La casa contaba con corredores internos en tierra, así como corredores externos en cuarzos blancos bien seleccionados, sus habitantes usaban loza importada, cucharas de cobre, copas de cristal de roca y explotaban, posiblemente con una cuadrilla de esclavos, los placeres auríferos de la quebrada El Rosario.

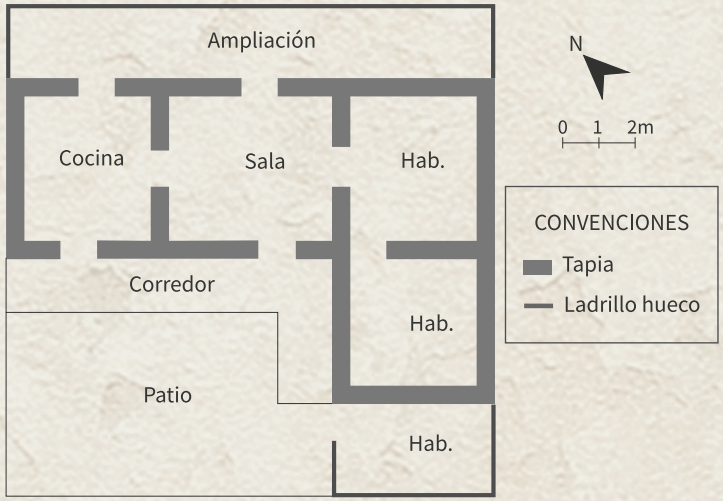
13. Obregón, Mauricio et. al. (2003). Vivienda, producción minera y élites entre los siglos XVII y XIX en la cuenca alta de la Quebrada El Rosario. Corantioquia. Medellín.

5.27. Santa Rita

Por las laderas de La Montañita, sector de Santa Rita, se alza una casa que vio nacer y crecer personajes ejemplares y laboriosos.

Escanea para más información

La casa ha sido heredada de generación en generación, su dueño original Nazario Zapata se la concedió a su hija Teresa Zapata y a su esposo Manuel Londoño. De los hijos de este matrimonio, se destaca a Pedro Luis Londoño Zapata, quien construyó varias casas de tapia y fue silletero pionero y Ana Londoño Zapata, quien vivió 105 años y se dedicó a las labores del campo hasta los 95 años. Ana fue esposa de Crispiniano Ramírez y junto con su familia constituye una pieza fundamental en la historia de Santa Elena y la cultura silletera.



No hay información precisa sobre cuándo fue edificada. Sin embargo, las fechas de nacimiento de los nietos de su primer propietario, Nazario, se ubican entre 1908 y 1925. Esto permite calcular más de 180 años. Con gruesos muros de tapia se construyeron dos habitaciones, la sala y la cocina, tenía además un patio y un caminito de ingreso labrados en piedra.

Teresa y sus hijas se encargaban de ordeñar las vacas, hacer los hojaldres y utilizar la leche de una burra para curar enfermedades. También había espacio para el goce y la fiesta, en ocasiones especiales como navidades o matrimonios, se bailaba hasta el cansancio con música de cuerda, vitrola y radio y se repartía natilla que preparaban en unas antiguas pailas de bronce que habían sido traídas por Nazario.

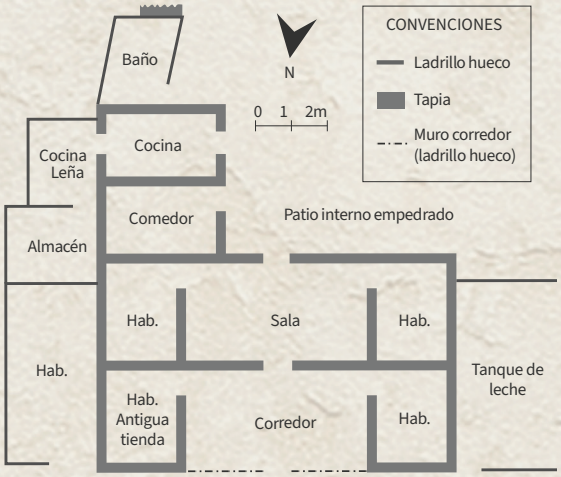
La cotidianidad en Santa Rita la definió el trabajo y la abundancia de productos que la tierra ofrecía. Los hijos cultivaban maíz, habas, frijoles, arracacha, papas, cabuya y flores para vender en Medellín. La cosecha que no se alcanzaba a vender alimentaba a la familia.

5.28. Finca El Coral. Casa Adán Ríos

El susurro de un paisaje rural donde el ordeño de las vacas y la recolección de leña marcaron el ritmo cotidiano se conserva aún tras los muros de la finca El Coral[14].

Escanea para más información

Este predio, construido posiblemente en tiempos coloniales, fue propiedad de Cayetano Ríos, leñador y carbonero. Originalmente, la casa era toda de tapia y bahareque, con muros medianeros que servían como corral para el ganado, con un patio empedrado de cuarzos y una poceta en el centro. Poco a poco el bahareque dio paso al cemento, las paredes se completaron con ladrillo y el techo renovó sus tablillas.



Esta finca ha sido hogar de tres generaciones: Cayetano, su hijo Adán y sus nietos, entre ellos Jaime Ríos, quien aún trabaja en los campos de la finca. Pero más que una estructura, la finca albergó un mundo de oficios y afectos. Allí funcionó la tienda de Ermelina, donde se vendían gaseosas y se arreglaba ropa. Vitalina, otra de las hermanas, se encargaba de ordeñar las vacas y cargar la leña para la casa. Aristídes Ríos quien en su juventud jornaleó en esta casa afirma:

> *"A mí me tocaba traer helecho pa' tapar la papa, pa' que no se pusiera verde (...)".*

Así, entre recuerdos y transformaciones, la finca El Coral sigue respirando. Cada muro, cada tablilla y cada eco de los antiguos oficios guardan la memoria de una familia y de un territorio que aún se reconocen en su paisaje.

La Cinva-Ram

La finca El Coral custodia una máquina Cinva-Ram. Con ella se moldearon los bloques de barro que dieron forma a iglesias, negocios y casas en Santa Elena. Hoy, sigue en la finca como un testigo silencioso del trabajo y el ingenio local.

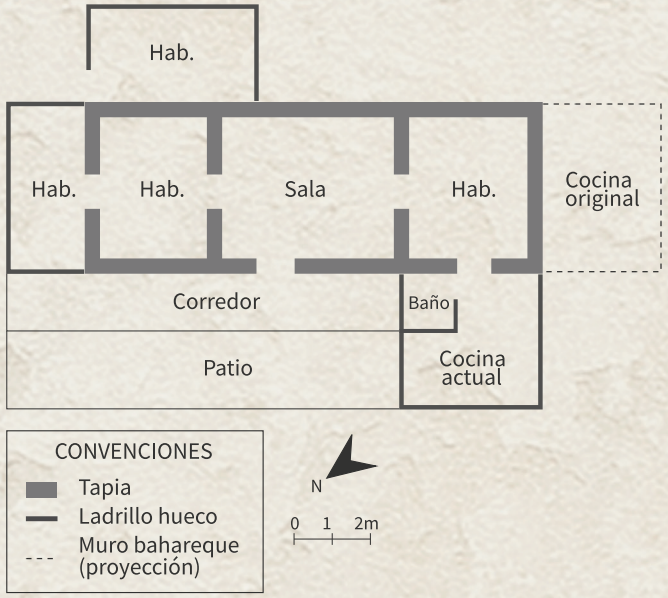
14. Esta estructura hace parte de la Lista Indicativa Candidatos a Bien de Interés Cultural - LICBIC Distrital.

5.29. Casa de Amparo Parra

Cerca de El Pescadero, a la sombra de un árbol de guayabas centenario, la casa de Amparo Parra conserva memorias de costura, educación y liderazgo comunal.

Escanea para más información

El nombre de Amparo Parra (E.P.D) aún inspira respeto entre la comunidad silletera. Esta mujer se destacó como lideresa comunitaria. Desempeñó roles como revisora fiscal, secretaria y presidenta de la Junta de Acción Comunal. Los corredores de su casa sirvieron como espacio de enseñanza, pues con la ayuda de una radio y la Escuela Radiofónica Nacional Sutatenza acogió a los mayores de la comunidad para enseñarles.



Amparo heredó la casa de su madre, María Clementina Londoño Jaramillo, quien a su vez había comprado la propiedad a su hermana Ana Delfa, después de que ella migrara a la ciudad de Medellín junto con su esposo y propietario original, Jaime Restrepo. Desde ese entonces, la casa pasó de la custodia de Amparo a su hijo Luis Eduardo, quien continúa el legado silletero que heredó de su madre.

En la casa se conservan, además, varios de los muebles, tarimas y ventanas fabricadas por Crispiniano Ramírez, quien comisionado por Ana Delfa y Jaime Restrepo construyó la casa en compañía de Pedro Luis Londoño, primo de Ana Delfa por el lado paterno.

Luis Eduardo conserva con afecto los tendidos cosidos por su madre para adornar las camas. Recuerda, además, que la misa de su primera comunión se celebró en la casa. Una ceremonia presidida por el padre de Guarne, de cuyas manos él y un vecino, Miguel Ángel Patiño, recibieron por vez primera el Sacramento de la Eucaristía. Tras la ceremonia, se ofrecieron comidas, vino gente de muchas partes y un "conjuntico de música" de la misma vereda acompañó la fiesta.

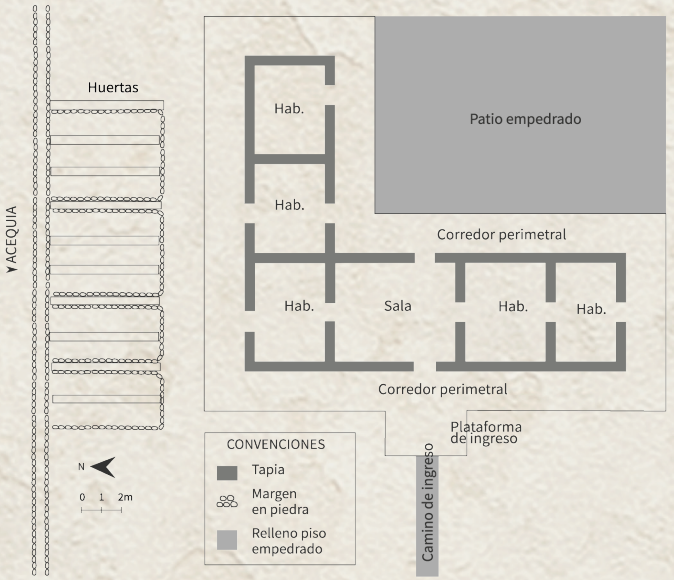
Entre los objetos más preciados que guarda la casa se encuentra la máquina de coser Singer 15J, fabricada en Canadá entre 1930 y 1948.

5.30. La Aguada[15]

Subiendo desde Medellín por el antiguo camino de Bocaná o Tirabuzón, se encuentran los bosques de La Aguada. En ellos reposa la leyenda del Burro de Oro.

Escanea para más información

Carlos Coriolano Amador, recordado por la historia como “el Burro de Oro”, nació en 1835. Hijo del empresario y político cartagenero José Sebastián Amador, Coriolano fue heredero de una gran fortuna. Un patrimonio que creció gracias a su matrimonio con Lorenza Uribe, hija de José María Uribe, fundador de la sociedad propietaria de las minas de El Zancudo, en Titiribí, uno de los sitios donde más oro se extrajo en Antioquia.



La familia de Lorenza era, además, propietaria de la Hacienda Miraflores. Un predio que iba desde lo que hoy se conoce como Las Mellizas, en el barrio Buenos Aires, hasta el altiplano de Santa Elena donde está la casa de los bosques de La Aguada, un sitio de descanso y escenario de extravagantes fiestas que organizó el nuevo matrimonio. Así, tras su unión con Lorenza, Coriolano fue el administrador de la Hacienda Miraflores y de la sociedad El Zancudo. Sus habilidades y destrezas para los negocios acrecentaron las fortunas de ambas familias.

En la actualidad, la casa es sede del Centro de Conservación y Biodiversidad La Aguada, de Corantioquia. Allí se desarrollan diversos proyectos de protección de flora y fauna para los 80 municipios de jurisdicción de la entidad y se conserva una colección con más de 800 especies de semillas. Una casa conectada al recuerdo de “el Burro de Oro”, el empresario que marcó la historia de Antioquia y del país en el siglo XIX.

Coriolano y Lorenza fueron benefactores de diversos proyectos de ciudad: la construcción de la red vial, el establecimiento del alcantarillado público y la apertura de la carretera que comunicaba a Medellín con Rionegro, hoy, la vía a Santa Elena.

15. Esta estructura hace parte de la Lista Indicativa Candidatos a Bien de Interés Cultural - LICBIC Distrital.

6. PROCESO DE REGISTRO

Estructuras habitadas y estructuras arqueológicas

Como se mencionó en la presentación, las estructuras en tapia configuran un patrimonio inmaterial y material que puede ser catalogado como arquitectónico o arqueológico. ¿Por qué se puede realizar esta diferenciación? Esta clasificación dependerá del estado de conservación de la estructura. Una construcción en pie, que sigue siendo habitada, usada y que tiene un significado para la comunidad, suele ser considerada un patrimonio arquitectónico. Cuando una estructura cae en desuso, sus elementos constructivos son alterados o removidos, y se desvincula de la cotidianidad de una comunidad, se considera un patrimonio arqueológico. Es importante mencionar que esta transición se da de forma gradual y que un elemento puede encontrarse justo en el medio de ambas categorías, como aquellas estructuras que hace relativamente poco tiempo están abandonadas, pero aún conservan tanto su forma como materiales originales y cuyas historias aún circulan en la comunidad.

La pregunta sobre si una estructura integra entonces un patrimonio arquitectónico o arqueológico es más compleja de lo que en un principio se puede pensar. Más allá de su estado de conservación, su inclusión en los procesos de memoria comunitaria es determinante para su clasificación. Así, ¿por qué algunos objetos, construcciones, lugares, manifestaciones culturales, etc. se reconocen como patrimonio cultural? Quienes participaron de este proyecto enunciaron palabras como historia, memoria, identidad, tradición, legado, conservación, e incluso, recuperación, para explicar su concepto de patrimonio.

La Cartuja. 2025.Fotografía: equipo técnico del proyecto.

Registro de ruinas en sector Los Vásquez. 2025. Fotografía: equipo Técnico del proyecto.

Diferentes tipos de teja en Pozo Real. 2025. Fotografía: equipo técnico del proyecto.

Podríamos decir a grandes rasgos que, mientras el valor patrimonial arquitectónico de una estructura se encuentra dado por su reconocimiento y vinculación con la identidad comunitaria, el patrimonio arqueológico es construído por medio del proceso de investigación y conceptualización de este, a pesar de no requerir declaratoria previa. Ante la falta de referentes orales, los pasados remotos deben ser interpretados por medio de su materialidad; sin embargo, a medida que nos acercamos al presente, documentos históricos, relatos orales y materiales arqueológicos empiezan a interactuar en conjunto, dando como resultado un tipo particular de investigación que suele ser denominada por diferentes autores como arqueología histórica.[16]

Mientras que la investigación de las estructuras habitadas se realizó a través del registro de elementos constructivos, levantamientos planimétricos y entrevistas semi estructuradas; las estructuras arqueológicas se contextualizaron gracias a la lectura de informes de excavación arqueológica. Los elementos materiales, como descripciones de muros, cimientos, pisos, fechas radiocarbónicas y artefactos como vidrio, metales, cerámica y loza, se complementan con la memoria comunitaria y la revisión de registros escritos en los archivos históricos.

---

16. Therrien, M. (2013) “Arqueología histórica, políticas y prácticas culturales en Colombia”, Revista Teoría y Práctica de la Arqueología Histórica Latinoamericana, 1(2), pp. 11–25.

7. CONSERVACIÓN

La conservación de estructuras en tapia y otras arquitecturas en tierra.

Las construcciones en tierra, bien sea tapia pisada, bahareque, terrón, o cualquiera de sus variaciones, tienen la ventaja de ser levantadas con materiales locales, de bajo impacto y con una vida útil determinada por sus procesos de conservación y mantenimiento. La humedad es el gran enemigo de este tipo de estructuras. Estas son algunas recomendaciones que podrían contribuir a conservar estas edificaciones:

1. Cualquier proceso de intervención debe identificar previamente los materiales constructivos utilizados. Analizar la granulometría de la tierra utilizada y si es el caso, determinar aditivos como paja, bagazo, boñiga u otras fibras vegetales.

2. En el caso de adiciones a la estructura se debe procurar su continuidad estética. Para reparaciones a la estructura existente se recomienda evitar el uso de impermeabilizantes sintéticos, cemento y otros materiales que puedan limitar la transpirabilidad de los muros. Optar en estos casos por materiales naturales como tierras locales, cal aérea y otros materiales transpirables.

3. Toda intervención debe ser claramente diferenciable de la estructura original y debe realizarse con materiales reversibles. De igual manera, se evitará incorporar elementos permanentes que puedan afectar la integridad arquitectónica o comprometer la estabilidad estructural.

4. Si se detectan grietas o fisuras, es importante evaluar si corresponden a patologías estructurales que afecten la integridad de la edificación. De no ser así, deberán rellenarse con tierras y fibras vegetales similares a las empleadas originalmente en la construcción.

La conservación de este tipo de estructuras en el Territorio Cultural Silletero depende de todos. Si vives en una casa en tapia, procura repararla, no cambiarla.

5 Evitar columnetas de concreto adosadas y revoques en cemento que generan tensiones y aceleran la erosión. Para los empañetados aplicar revoques en emboñigado en capas delgadas y proteger con pintura mineral o tierra colorada. Nunca deben usarse pinturas plásticas

6 Para proteger la estructura de la erosión causada por la lluvia, es fundamental mantener el tejado en buen estado, reemplazando las tejas dañadas y asegurando que cubiertas y alerones estén en óptimas condiciones. Evitar la acumulación de escorrentías cerca de la edificación, proteger las bases con zócalos de piedra o madera y, en caso necesario, construir sistemas de canalización para dirigir el agua lejos de la estructura.

8. REFLEXIONES FINALES

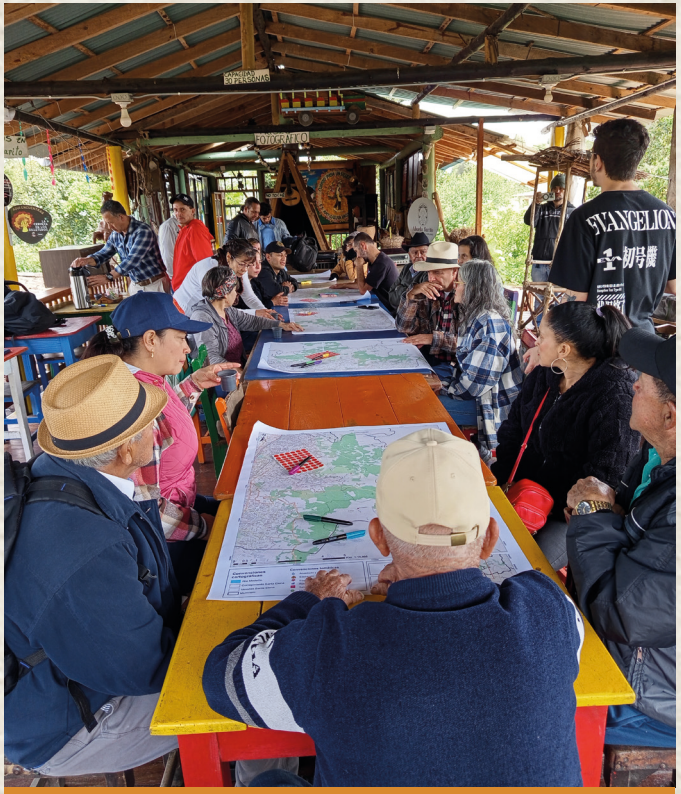
Resulta imposible encapsular en pocas páginas un proyecto que ha sido construido por perspectivas y bagajes tan diversos. Pero consideramos que es precisamente esta miscelánea de experiencias lo que nos ha permitido abordar de una forma más amplia un patrimonio cuya naturaleza integral es incuestionable.

La Manifestación Cultural Silletera requiere la protección de los recursos naturales, fundamental para la permanencia del bosque y la preservación de los vestigios arqueológicos. Estos restos materiales sólo cobran pleno sentido gracias a los generosos testimonios compartidos y a las memorias recopiladas, que nos han permitido contar historias que de otro modo se habrían desvanecido.

Es fundamental que iniciativas como los inventarios patrimoniales funcionen como procesos de memoria histórica impulsados desde lo local. Es clave promover la participación activa de los habitantes, custodios directos de los distintos tipos de patrimonio. Su valoración comunitaria es, al fin y al cabo, lo que puede garantizar la preservación de su relevancia.

En la presente propuesta, se observó un ánimo vigoroso en los participantes de aportar en la preservación del patrimonio integral, sin embargo, no siempre tienen la manera de reparar o conservar sus casas sin afectar sus atributos originales. Por este motivo, es importante desde la institucionalidad gestar acciones orientadas a conservar la diversidad de las arquitecturas de tierra, particularmente en un ambiente socioeconómico que camina hacia las construcciones sostenibles y que clama la protección de las poblaciones campesinas.

Teniendo en cuenta que, la Cultura Silletera es central para la consolidación de la identidad de la ciudad, del departamento e incluso del país, debemos dignificar, enaltecer y cuidar a las comunidades que le dieron forma. Por ello, es nuestro mayor privilegio haber podido contribuir a la conservación de su historia.



Taller: ¿Dónde están las tapias? Finca Silletera Casa Museo Abuela Sarito. 2025. Fotografía: equipo técnico del proyecto.

Preparación taller: Cuando La tierra Habla. Finca Silletera Casa Museo Abuela Sarito. 2025. Fotografía: equipo técnico del proyecto.

Recorrido Vereda Piedras Blancas. 2025. Fotografía: equipo técnico del proyecto.

Taller: Las Paredes Guardan Memoria. 2025. Fotografía: equipo Técnico del proyecto

9. AGRADECIMIENTOS

Al Equipo de trabajo:

Grupo Memoria, Patrimonio y Territorio

Santiago Escobar Piedrahita
Profesional Territorial - Antropólogo - M.A Geography and GIS.

Ingrid Yamile Vidales Monsalve
Profesional en Patrimonio - Antropóloga.

María Camila Vélez Mejía
Diseñadora y tallerista - Antropóloga - Tecnóloga en Desarrollo Medios Gráficos Visuales

Felipe Andrés Arias Londoño
Profesional Territorial - Antropólogo

Guillermo León Vasquéz Gutiérrez
Enlace Territorial - Tecnólogo Agropecuario - Silletero Gestor Cultural

Revisión Editorial:

Equipo Programa de Memoria, Patrimonio y Archivo Histórico de Medellín.

Impreso en:

Precisión Artes Gráficas

A las personas que nos brindaron su ayuda durante los recorridos:

Jaime Ríos Ríos
María Consuelo Salazar
María Zohe Jurado
Darío Cock
David Cock
Silvia Grisales Alzate
Alba Noemí Vásquez David
Marina Rojas Alzate
John Jairo Rojas Alzate
Gloria Marta Alzate Rodríguez
Flor Atehortúa Grajales
Julio César Ramírez Londoño
María Ramírez Londoño
Deyanira Ayala
Luz María Grisales Soto
Luis Eduardo Parra
Berta Lía Atehortúa
Diana Cristina Osorio Yépez
Ivan Darío Gutiérez
Hernán Londoño Alzate
Luis Efrén López

A los participantes de los talleres:

Alirio Zapata
Ana Carolina González Alzate
Angie Paola Zapata
Antelmo Patiño L.
Aristídes Ríos
Bayron Martínez
Carlos Mario Hincapié
Carlos Mario Vásquez
Claudia Maryori Sánchez
Claudia Patricia Vanegas
Federico Alzate Zapata
Gonzalo Ramírez Londoño
Hernán Londoño
Isabel Cristina Zapata
Jose David Ríos S.
Liliana E. Jaramillo
Liliana M. Córdoba
Luis Efrén Vásquez
Luz Biviana Gómez
Luz Estela Zapata de Grajales
María Ramírez Londoño
Mary Rangel Dávila
Olga Lucía Patiño L.
Óscar de Jesús Grisales
Patricia Sánchez

Entidades:

Alcaldía de Medellín - Distrito de Ciencia, Tecnología en Innovación.

Finca Silletera y Museo Abuela Sarito

COSSE

Corporación Parque Arví

Comfama

Corantioquia

EPM

Fuerte de Carabineros de Santa Elena de la Policia Nacional

Biblioteca Pública Santa Elena

Corporación Acueducto Multiveredal de Santa Elena

Elemental Teatro

Las Paredes Guardan Memoria es un proyecto que nace del encuentro entre voces, lugares y recuerdos que conservan historia: las estructuras en tapia del Territorio Cultural Silletero, ubicado en el altiplano oriental del municipio de Medellín, en límites con Envigado, Rionegro y Guarne. A través de una serie de talleres y recorridos con la comunidad local, los habitantes del territorio plasmaron en este catálogo la memoria viva asociada a las construcciones en tapia.

Este proyecto fue beneficiario de las Convocatorias de Fomento y Estímulos para el Arte y la Cultura 2025 de la Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín.

El inventario participativo, liderado por el grupo Memoria Patrimonio y Territorio, trasciende la documentación arqueológica o arquitectónica, busca más bien preservar y compartir un legado cultural vivo, que se refleja en la materialidad de estas estructuras.

Grupo:
Memoria, Patrimonio y Territorio

Abuela Sarito
Finca Silletera y Museo

Parque arví
Corporación

Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación

Proyecto beneficiario de las Convocatorias de Fomento y Estímulos para el Arte y La Cultura 2025. Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín